



Universidad  
Rey Juan Carlos

Facultad de  
Ciencias Jurídicas y Políticas

**TRABAJO FIN DE GRADO**  
**GRADO EN RELACIONES INTERNACIONALES**  
**CURSO ACADÉMICO 2023-2024**  
**CONVOCATORIA JUNIO**

**ESPAÑA, EL PACÍFICO Y EL LEJANO ORIENTE EN LA EDAD MODERNA**

AUTOR: Peña de Miguel, Álvaro

DNI: 12453077A

En Madrid, a 16 de marzo de 2024

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>3</b>
<b>FILIPINAS: EL ARCHIPIÉLAGO ENTRE DOS MUNDOS</b> .....	<b>4</b>
<b>I. DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA</b> .....	4
<b>II. LA INTEGRACIÓN DE FILIPINAS EN LA MONARQUÍA HISPÁNICA</b> .....	5
<b>III. POBLACIÓN Y SOCIEDAD</b> .....	6
<b>IV. EL COMERCIO, LA ECONOMÍA, LAS POLÍTICAS DE LA CORONA Y SU EVOLUCIÓN</b> .....	8
<b>CHINA: EL IMPERIO DEL OTRO LADO DEL MUNDO</b> .....	<b>12</b>
<b>I. ANTECEDENTES, CONTEXTO HISTÓRICO Y PRIMEROS CONTACTOS</b> .....	12
<b>II. CRISIS, AISLAMIENTO Y REFORMAS</b> .....	13
<b>III. ESPAÑA, MANILA Y LA PLATA AMERICANA</b> .....	15
<b>IV. LOS QING</b> .....	17
<b>V. LAS RELACIONES BILATERALES ENTRE CHINA Y ESPAÑA A TRAVÉS DE LAS FILIPINAS</b> .....	18
<b>JAPÓN: UN VECINO COMPLICADO</b> .....	<b>20</b>
<b>I. ANTECEDENTES Y CONTEXTO HISTÓRICO. EL JAPÓN FEUDAL</b> .....	20
<b>II. LA UNIFICACIÓN DE JAPÓN Y LOS PRIMEROS CONTACTOS</b> .....	21
<b>III. LOS INTERESES COMERCIALES</b> .....	22
<b>IV. EL ADVENIMIENTO DE HIDEYOSHI</b> .....	23
<b>V. ESPAÑA Y LOS TOKUGAWA</b> .....	25
<b>VI. SAKOKU: EL PAÍS CERRADO</b> .....	26
<b>TAIWÁN: LA ISLA ENTRE MEDIAS</b> .....	<b>29</b>
<b>I. INDÍGENAS Y PIRATAS</b> .....	29
<b>II. LOS HOLANDESES, LOS ZHENG, LOS QING Y LAS DESVENTURAS ESPAÑOLAS EN FORMOSA</b> .....	30
<b>COREA: EL REINO ERMITAÑO</b> .....	<b>33</b>
<b>I. LAS INVASIONES JAPONESAS Y LOS PRIMEROS CONTACTOS</b> .....	33
<b>II. LAS RELACIONES DIPLOMÁTICAS Y COMERCIALES DE COREA</b> .....	33
<b>RYŪKYŪ: LA VENECIA DE ORIENTE</b> .....	<b>35</b>
<b>I. EL ASCENSO DE RYŪKYŪ</b> .....	35
<b>II. CAMBIOS EN EL COMERCIO: NUEVOS MODELOS Y COMPETIDORES</b> .....	35
<b>III. LAS NO-RELACIONES CON ESPAÑA</b> .....	36
<b>CONCLUSIONES</b> .....	<b>39</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	<b>42</b>
<b>ANEXO</b> .....	<b>46</b>

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se propone estudiar las relaciones internacionales en Asia oriental durante la Edad Moderna, desde la perspectiva de los españoles, radicados en esa época en las islas Filipinas. El objetivo es realizar un análisis del impacto de dichas relaciones en cada país, en la región y en el mundo.

Analizaremos cada país por separado, dando primero el apropiado contexto histórico, tratando siempre de cubrir no sólo aspectos políticos y diplomáticos, sino también las circunstancias económicas y sociales. Observaremos la historia desde el punto de vista de los gobernantes, pero también de los gobernados y de aquellos que operaban al margen de la ley, que no eran pocos. Todos los actores que interviniesen de manera relevante serán analizados, sin importar su origen o condición.

Estudiaremos cómo fueron los primeros contactos con los europeos, en especial con los españoles, y la manera en que se desarrollaron. Veremos qué circunstancias internas y externas en cada caso condicionaban el devenir de esas relaciones, así como las variaciones que éstas vivieron. De nuevo, haciendo énfasis en la multidimensionalidad y complejidad propia de las relaciones entre grupos humanos.

Como veremos, cada país presentaba características particulares, pero todos eran en mayor o menor medida interdependientes, de tal forma que será común ver cómo un hecho puntual en un lado del continente tiene consecuencias imprevistas en el lado opuesto.

La época que trabajaremos, clave en la historia de la humanidad, es la era de la globalización. Comprobaremos que no sólo eran los países asiáticos dependientes entre sí, sino que el mundo entero podía ser afectado por los cambios que tenían lugar en la región.

Si bien el estudio se centra en los siglos XVI, XVII y XVIII, se harán menciones a tiempos anteriores o posteriores cuando el contexto lo requiera para un mejor y más completo análisis. Los países que cubre son, por un lado, las Filipinas, como parte del Imperio Hispánico, y por el otro, los países que ocupaban el espacio geográfico al que hoy nos referimos como Asia oriental. A tal efecto, entendemos: China (dinastías Ming y Qing), Japón (periodos Sengoku, Azuchi-Momoyama y Edo), Taiwán (isla de Formosa), Corea (dinastía Joseon) y Ryūkyū (actual prefectura japonesa de Okinawa, entonces reino independiente); cada uno de ellos tendrá dedicado un capítulo propio.

Vietnam (Annam o Dai Viet), pese a formar culturalmente parte de la Sinosfera, no queda incluido en el estudio por hallarse fuera del ámbito geográfico de Asia oriental; tampoco se hablará de las relaciones con las otras naciones europeas que estuvieron presentes en la región (Portugal, Holanda e Inglaterra), salvo en ocasiones puntuales, cuando el contexto lo requiera, puesto que el objeto del estudio son las relaciones de España con los países asiáticos.

Al final del trabajo, en la conclusión, examinaremos los puntos clave de las relaciones entre España y los países de Asia oriental, analizando el impacto mutuo que tuvieron dichas relaciones entre ellos, y el impacto global de estas.

## FILIPINAS: EL ARCHIPIÉLAGO ENTRE DOS MUNDOS

### I. Descubrimiento y conquista

Cuando los españoles llegaron a Asia, se encontraron las Filipinas como Colón encontró América: por casualidad. La expedición de Magallanes, en su periplo circunnavegando el mundo, llegó a las islas en tras una extenuante travesía por el Pacífico. Los primeros contactos con los isleños fueron amistosos, y los españoles lograron obtener suministros e indicaciones sobre dónde se encontraban. Incluso llegaron a mostrar la fe cristiana a algunos de los régulos locales, como el de Cebú, que se bautizó. Sin embargo, Magallanes, en vez de proseguir su viaje, se enredó en la política local y terminó muriendo en la isla de Mactán el 27 de abril de 1521, tratando de someter a los nativos para el rey de Cebú. Este rey reunió a los principales españoles en un banquete y los asesinó. Los supervivientes, liderados por Juan Sebastián Elcano, abandonaron rápidamente las islas, para poner rumbo a las Molucas, que eran el objetivo inicial de la expedición.

Descubiertas las Filipinas, numerosas expediciones fueron enviadas desde América, como la de Jofre de Loaísa, en 1525, con escasa fortuna. Sin embargo, el objetivo principal de éstas siguió siendo el archipiélago de las Molucas, por su grandísimo potencial económico debido al comercio de especias, muy lucrativo en aquel periodo. No obstante, los españoles no eran los únicos navegantes europeos que ansiaban las riquezas de la Especiería: los portugueses, a través de su ruta del Cabo de Buena Esperanza, habían tomado Goa en 1510, y Malaca, un año después. Firmemente asentados en sus nuevas bases, protegían celosamente sus intereses políticos y comerciales. Tras numerosas fricciones y choques violentos entre ambas potencias, decidió solventarse la cuestión mediante la firma de un tratado que, continuando la línea de Tordesillas, delimitase claramente los límites de sus esferas de influencia en aquel lado del mundo. (Lucena Salmoral, 1982, p. 327).

Firmado este tratado en Zaragoza en 1529, quedaron las Molucas dentro de la esfera portuguesa. No obstante, no había consenso respecto a la posición geográfica real de las Filipinas, por lo que la corona española no renunció a ellas. Con respecto al nombre de las islas, debe saberse que, en su inicio, Magallanes las bautizó como de “San Lázaro”. El nombre de “Filipinas” se puso posteriormente, en honor al príncipe Felipe, futuro rey Felipe II.

Descubiertas las Filipinas y la ruta que comunicaba América con Asia, lo que más necesitaban los españoles era una manera de regresar a América cruzando el Pacífico en sentido inverso: lo que se denominó “tornaviaje”. Muchos habían intentado realizar el retorno, pero se habían visto obligados a abandonar o murieron en el intento (Lucena Salmoral, 1982, p. 331). La ruta alternativa de regreso, sorteando la India y África, estaba celosamente guardada por los portugueses, y la hacían una opción poco viable.

Un marino que había tomado parte en la expedición de Loaísa, Andrés de Urdaneta, se había ordenado fraile en Nueva España tras regresar con vida de aquella, y aseguraba poder realizar el ansiado tornaviaje incluso “con una carreta”. Según sus cálculos y sus conocimientos sobre navegación y corrientes, la ruta era factible, e incluso sencilla. Algunas personalidades del virreinato, como Pedro de Alvarado, se mostraron interesadas y le apoyaron en su proyecto. Tras lograr la aprobación del rey, aunque no sin problemas en el camino, una flota fue aprestada, y zarpó el 21 de noviembre de 1564 del puerto de Navidad, comandada por Miguel López de Legazpi. El plan inicial de Urdaneta era detenerse en las Filipinas para aprovisionarse y rescatar

a naufragos de anteriores expediciones, y luego colonizar Nueva Guinea, descubierta en 1545 por Ortiz de Retes en una expedición previa. Hecho esto, regresarían siguiendo el derrotero que había estudiado. Sin embargo, las instrucciones fueron cambiadas por el visitador Valderrama, presidente temporal de la Audiencia de México, poniendo las Filipinas como nuevo objetivo de conquista. Urdaneta protestó, puesto que estaba convencido de que las islas se hallaban en territorio portugués, pero obedeció las órdenes (Lucena Salmoral, 1982, pp. 332-333).

La expedición, tras detenerse en las islas de los Ladrones, llegó a las Filipinas el 13 de febrero de 1565, donde los españoles trataron de obtener provisiones de los indios. No obstante, y a pesar de lograr reclamar varias islas en nombre del rey, como las de Sámar y Leyte, los nativos se mostraron cautelosos y no ofrecieron auxilio. Tras varios encuentros infructuosos, Legazpi se vio obligado a emplear la violencia en Cebú, a cuyo rey derrotó. Se estableció en esta isla, levantando el fuerte de San Pedro, pero ante la falta de suministros decidió establecerse más al norte, en Mindoro.

Desde Cebú, fueron mandados de regreso a Nueva España varios barcos al mando de Felipe de Salcedo y guiados por Urdaneta, para que solicitasen refuerzos y provisiones, así como autorización para conquistar y fundar ciudades. El monje marino logró la hazaña del tornaviaje, pero a su llegada a Acapulco el 8 de octubre, se encontró con que el patache San Lucas había regresado tiempo atrás, el 9 de agosto de 1565, al separarse de la flota principal cuando aún no habían llegado a Filipinas. Sin embargo, este barco navegaba al azar, por lo que, aunque hubiese adelantado a Urdaneta, no le resta mérito a su gran logro.

Tres barcos fueron enviados a lo largo de los siguientes tres años desde México con refuerzos y suministros, pero aún no se recibió ningún título que autorizase a la conquista y fundación de ciudades. Legazpi tuvo encuentros con comerciantes bruneanos, más nativos y portugueses, con quienes llegaron a tener un enfrentamiento naval, y envió a Martín de Goiti y a Juan de Salcedo a Luzón, la isla más grande, al norte del archipiélago, con el fin de conquistar Maynila. Esta ciudad-estado era un cacicazgo mahometano tributario del sultanato de Brunéi, que había establecido su dominio allí para controlar la ciudad, cuyo puerto era el más importante del archipiélago, y a este arribaban comerciantes de China desde hacía siglos (Tremml-Werner, 2015, pp. 95-96).

La primera expedición a Luzón no tuvo éxito. Sin embargo, tras la llegada de barcos con las autorizaciones solicitadas en 1569, Legazpi, recién investido como adelantado de las Islas de los Ladrones, dirigió un segundo asalto en persona, que logró la rendición de los régulos locales. Se fundó la ciudad española de Manila en 1571 sobre el fuerte mahometano, y fue convertida en sede del gobierno de los españoles en Filipinas. Desde allí, se fueron expandiendo a las provincias aledañas y extendiendo su dominio. Aunque hubo episodios de violencia, muchos de los nativos no oponían resistencia a los españoles, a quienes veían como aliados frente a los piratas “moros” que, desde Mindanao y Joló, en el sur del archipiélago, asaltaban rutinariamente sus aldeas costeras y sus embarcaciones.

## **II. La integración de Filipinas en la monarquía hispánica**

El dominio hispánico sobre las Filipinas se caracteriza por el escaso número de españoles que habitaron las islas, que además se concentraban en su mayoría en la ciudad de Intramuros de Manila. Por tanto, el contacto con los nativos era muy escaso, y las estructuras sociales previas de estos fueron mantenidas. Los *barangays* eran la forma de organización

sociopolítica que tenían los nativos de origen malayo: los bisayos y los tagalos. Eran agrupaciones similares a clanes, que normalmente no se extendían a más de una única aldea o zona, formados por pocos centenares de miembros y liderados por un dato o patriarca y una clase nobiliaria. También había vasallos libres y esclavos (Borlaza, 2023). Si bien algunas de sus costumbres trataron de erradicarse durante la conquista y evangelización, como la poligamia o la esclavitud, los datos mantuvieron su poder como “gobernadorcillos”, que además se convirtieron en jueces de primera instancia bajo el dominio español.

La Iglesia tuvo un papel clave en la integración de las islas durante el dominio hispánico. A partir de 1594, las distintas órdenes religiosas —jesuitas, franciscanos, agustinos y recoletos—, desde sus sedes en Manila, se repartieron las diversas provincias de Filipinas, atendiendo mayoritariamente a criterios lingüísticos, y fueron pueblo a pueblo enseñando la nueva fe a los indígenas en sus idiomas locales, así como técnicas y especies nuevas de cultivo, artesanías, etc. En la mayoría de los casos, el párroco de su pueblo, junto con el alcalde mayor, era el único español al que veían los filipinos de forma habitual (Lucena Salmoral, 1982, pp. 567-568).

La fe católica fue introduciéndose a lo largo del siglo XVI con bastante éxito. El clero regular, siendo el responsable de este esfuerzo misionero, se convirtió en la argamasa que cohesionaba las islas, y las órdenes religiosas obtuvieron gran influencia política entre los nativos, así como entre españoles. También se convirtieron en propietarias de las mejores haciendas del país, de las que obtenían grandes beneficios arrendando partes de ellas a nativos, y criando ganado de origen europeo y americano.

El clero secular quedó opacado, controlando apenas las cuatro ciudades que eran sedes de obispado. Hubo fricciones recurrentes entre los arzobispos de Manila y las órdenes regulares, pero, aunque los primeros tratasen de hacer valer sus prerrogativas oficiales, nunca lograron imponer su autoridad sobre las poderosas órdenes.

El gobierno de las islas quedó en manos de un gobernador y capitán general como máxima autoridad. En teoría respondía ante el virrey de México, pero de facto gozaba de mucha autonomía, y solía dirigirse directamente al rey y al Consejo de Indias cuando la situación lo requería (Ramos & Lohmann, 1984, p. 130).

En lo judicial, al principio, las islas dependían de la Real Audiencia de México, pero no tardó en crearse la Audiencia de Manila en 1596, tras haber sido instaurada y abolida en un intento previo. La Audiencia estaba presidida por el gobernador, y actuaba como más alto tribunal de las islas, con jurisdicción sobre “Las islas Philipinas del archipiélago de la China y la tierra firme de esta”, aunque su sede radicó siempre en Manila y nunca se extendió su jurisdicción más allá de las Filipinas y la Micronesia española. También constituía un órgano consultivo para el gobierno de las islas.

El territorio se dividió administrativamente en alcaldías mayores, y religiosamente en cuatro diócesis, entre las que se encontraba Manila, que era la sede arzobispal.

### **III. Población y sociedad**

La población de las islas se componía de grupos bastante heterogéneos. El mayor de estos lo formaban los nativos. Por un lado, estaban los negritos, pobladores originales de las islas, que habitaban las zonas más inaccesibles geográficamente, como selvas y montañas. Por

otro, se encontraban los grupos de origen malayo: bisayos y tagalos, que habitaban principalmente las costas y las zonas más fértiles y accesibles, y socialmente se encontraban organizados en *barangays*, de los que ya hemos hablado. De estos grupos malayos, los tagalos, que poblaban las zonas de Luzón adyacentes a Manila, eran los más civilizados, contando su cultura con elementos indios y chinos, además de los propios.

Los nativos no habían formado grandes entidades políticas hasta la llegada de los españoles, que fueron los artífices de la construcción de la primera estructura política que incluyese el archipiélago en su conjunto. No obstante, en el sur de las islas, donde el islam se había ido extendiendo durante el siglo previo, se establecieron sultanatos más o menos descentralizados, como el de Joló o el de Mindanao, de los que partían los piratas que aterrorizaban las Bisayas, y con los que los españoles continuaron luchando durante toda su dominación, sólo logrando doblegarlos a finales del siglo XIX.

En general, los nativos se dedicaban a la agricultura, la ganadería, la pesca y la silvicultura, así como a la industria artesanal a pequeña escala, como la de tejidos (Borlaza, 2023). Bajo el dominio español, la esclavitud fue prohibida, aunque se permitió para los prisioneros de guerra, habitualmente moros o negritos, que no fueron muchos. Los indios debían prestar servicios personales como el corte de madera, el trabajo en los astilleros de Manila o hacer de remeros en las galeras. Estos trabajos eran forzosos, si bien estaban retribuidos con un jornal. El impago de dicho jornal en momentos de crisis, como las guerras con los holandeses o los ingleses, o el trato abusivo por parte de los alcaldes mayores a su cargo, provocaron protestas y alzamientos de los nativos, que a veces terminaron de manera pacífica, y otras con violencia.

En Manila, que era el centro neurálgico de las islas, se juntaban la mayoría de los otros dos principales grupos humanos que por aquellos años habitaban las islas.

En primer lugar, los españoles. Constituyeron siempre el grupo más minoritario, pero a su vez el más poderoso. Vivían casi todos —apenas un millar de ellos a finales del siglo XVI— en la ciudad de Intramuros, en Manila, y ocupaban la mayoría de las posiciones de gobierno. No obstante, había distintos grupos de españoles, y no todos gozaban de los mismos privilegios. Por una parte, estaban los funcionarios de la corona, que ocupaban la cúspide del gobierno civil y militar. Por otra, estaban los soldados, normalmente venidos de México, que estaban mal remunerados y no solían ir de buena gana a las islas. Los comerciantes eran otro grupo muy importante. Lo componían los españoles que participaban del comercio del galeón. Este grupo gozaba de gran poder e influencia, aunque era, como los otros, bastante limitado en número (Lucena Salmoral, 1982, pp. 568-599). Cuando analicemos las políticas comerciales de la corona, comprenderemos los motivos de esto. El grupo más importante de españoles lo conformaba el clero, mayoritariamente regular, que gozaba de inmensa influencia, especialmente entre los nativos.

En segundo lugar, los chinos o sangleyes. “Sangley” es el término con el que los españoles se referían a los comerciantes chinos que iban y venían entre China y Filipinas. Ya frecuentaban el archipiélago mucho antes de la llegada de los españoles, y sus embarcaciones se dedicaban al intercambio de productos chinos, como la seda, por mercancías locales (García-Abásolo, 2013, p. 13).

Estos, que en Manila ya sumaban unos 40 en el momento de la conquista, fueron aumentando en número a lo largo de estos 300 años, con sus altos y sus bajos. Pese a que en

principio eran meros mercaderes itinerantes, una buena proporción de ellos se establecían permanentemente en las islas. Se dedicaban al comercio y a la artesanía, cosas valoradas ampliamente por los españoles, ya que ellos no desempeñaban oficios ni acudían a comerciar a China. Se fue estableciendo rápidamente una relación de mutua dependencia entre chinos y españoles: los españoles necesitaban a los chinos para que les suministrasen de bienes y servicios, y los chinos se beneficiaron enormemente de ello (García-Abásolo, 2011, p. 235). Las condiciones de vida de los chinos de Filipinas eran mucho menos duras que en la propia China: los impuestos eran menores; el comercio, menos restringido y extremadamente lucrativo; y las leyes, menos estrictas. Esto se debía a que los españoles no llegaron a considerar a los chinos como ciudadanos del imperio: se les consideraba más bien como extranjeros, y se les miraba con recelo. Para tratar de integrar a estos chinos en la sociedad hispana, se hicieron intentos de cristianización, con los que cierto número de ellos se convirtieron, y se promovió el mestizaje entre nativos y sangleyes. No obstante, la mayoría permaneció fiel a sus costumbres originales.

Los recelos de los españoles configuraron la ciudad de Manila como la conocemos hoy: en el centro, Intramuros, amurallada y fortificada, con baterías apuntando al mar y a los barrios que la rodean. Uno de estos barrios, el Parián, era donde los españoles se esforzaron por concentrar a los chinos de Filipinas, especialmente a los infieles, con el fin de tenerlos bajo vigilancia. Las suspicacias de los españoles se explican por la difícil situación de las Filipinas en estos siglos, durante los cuales los acontecimientos externos, como guerras, piratería y crisis económicas amenazaban la propia supervivencia de la colonia (García-Abásolo, 2004, p. 235-238). De hecho, en numerosas ocasiones los chinos del Parián se amotinaron, ocasionando sangrientos choques con los españoles y los nativos.

A pesar de estas fricciones, es importante entender que el gobierno chino no mostraba interés por las comunidades chinas en el extranjero, puesto que, según su visión confuciana, eran poco más que piratas y traidores. De ahí la inacción de los Ming ante la dura represión de los levantamientos de sangleyes por parte de los españoles en 1603 (Tremml-Werner, 2015, p. 309).

#### **IV. El comercio, la economía, las políticas de la corona y su evolución**

Los costes de mantener la presencia española en Filipinas eran elevados. El territorio se hallaba muy lejos de la metrópoli, y las comunicaciones con Madrid tardaban hasta 3 años. Además, en el archipiélago no había riquezas minerales que ser explotadas como en América, ni especias como en las Molucas, ni grandes y ricas ciudades ni centros de producción agraria o industrial. De hecho, las islas eran extensas, selváticas, difíciles de habitar, y se hallaban sobre terreno volcánico, con fuerte actividad sísmica y tifones recurrentes (Lucena Salmoral, 1982, p. 563). Sin embargo, pese a todas estas dificultades, la presencia española se mantuvo en las islas durante cuatro siglos. Diversos factores explican el interés de los españoles por Filipinas.

En primer lugar, las Filipinas no fueron consideradas en un principio como un fin en sí mismo, sino como un punto de acceso. La puerta de entrada de los españoles a zonas realmente atractivas, como la especiería o China. Las primeras expediciones españolas se hicieron con el punto de mira puesto sobre las Molucas, y cuando estas se cedieron a Portugal, China pasó a ser el centro de atención. Un reino tan grande parecía ofrecer atractivas posibilidades, y se sueña con su evangelización, e incluso con su conquista.

No obstante, finalmente estos proyectos no se llevaron a cabo, bien por la oposición o competencia de los portugueses —especialmente los celosos jesuitas de Macao—, o bien por decisión de la corona, que determinó que no debía hacerse ninguna empresa de conquista del reino de China (de la Vega, 1972, p. 68-69).

El motivo principal por el que los españoles se quedaron en Filipinas, pese a la aparente frustración de prácticamente todas sus expectativas y proyectos, fue el extraordinario potencial comercial de Manila como punto de intercambio de la plata americana y productos asiáticos, mayoritariamente sedas y manufacturas chinas. A mediados del siglo XVI, la dinastía Ming, en China, llevó a cabo una reforma monetaria y tributaria por la cual todos los impuestos debían pagarse en plata. Como en China no había grandes yacimientos, y la explotación de las minas que había eran muy ineficientes, la demanda de plata extranjera se disparó (Flynn & Giráldez, 1995 p. 7-9). De este modo, los españoles descubrieron el potencial económico y comercial de Manila.

Al principio, la corona permitió el libre comercio en el puerto. Los españoles mandaban barcos a Acapulco y a Callao, cargados de plata, e intercambiaban el metal con los chinos, de quienes obtenían sedas y otros productos que tenían gran demanda en América y Europa. Los barcos regresaban a puertos americanos y vendían esos productos a cambio de plata. Este ciclo comercial pasó a constituir el comercio triangular de Asia, y se convirtió en una de las rutas comerciales más importantes del mundo (García-Abásolo, 2013, p. 16).

A comienzos del siglo XVII, no obstante, la corona limitó el comercio de varias maneras. Por un lado, prohibió el envío de barcos a Perú en 1593, y posteriormente, en 1604 y 1634 se limitó el comercio entre ambos virreinos, dificultando el acceso a los productos asiáticos en Perú. La prohibición del comercio entre Manila y Callao hubo de ser reiterada en 1605 debido a que no se respetaba. Pese a estas prohibiciones, se hallaron maneras imaginativas de esquivarlas, como la carga de mercancías en buques mensajeros o que transportasen autoridades entre Perú y Nueva España.

El comercio entre Filipinas y América quedó así restringido a la línea Manila-Acapulco. Además, se estableció un límite de un viaje al año, en el que no podrían llevarse mercancías por valor superior a 250.000 pesos, y de regreso podría cargarse un máximo de 500.000 pesos en plata. La intención de estas políticas mercantilistas era evitar la percibida “fuga” de plata a China, así como la protección de la industria y comercio peninsular españoles, que temían la competencia de los productos asiáticos en los mercados americanos y europeos. Pese a las presiones de los vecinos de Manila, los límites al comercio se mantuvieron durante la mayor parte del siglo XVII. De esta manera, la economía filipina quedó muy limitada, y resultó en que muy pocos españoles se trasladasen a las islas. No obstante, pese a las limitaciones, los vecinos hallaban maneras de cargar hasta el doble de mercancías en Manila y traer de vuelta el doble de plata de Acapulco, ampliando así las estrecheces de las medidas oficiales (Bonialian & Hausberger, 2018, pp. 222-223).

El comercio del galeón estaba en principio limitado por la corona a los vecinos de Manila. El objetivo de este monopolio era atraer pobladores a las islas. Para ello, el espacio de carga de los galeones se dividía en boletas, que se repartían gratuitamente entre los vecinos para que cargasen sus mercancías. Sin embargo, muchos actores interesados en este comercio hallaron maneras de participar de él sin tener condición de vecinos. Para empezar, muchos de los propios vecinos no tenían capital para adquirir mercancías, o directamente preferían vender su boleta. Tanto comerciantes chinos como españoles aprovechaban entonces para dar

préstamos y comprar estas boletas, logrando así participación. Por otro lado, gran número de los que tenían consideración legal de vecinos de Manila, en realidad eran meros testaferros de comerciantes novohispanos, cuyo capital empleaban, y a quienes luego mandaban los beneficios (Bjork, 1998, pp. 43-45).

Como vemos, estas políticas de la corona daban lugar a numerosos abusos que hacían que sus efectos fuesen, en muchos casos, contrarios a los deseados.

La dependencia del comercio con América explica también bastantes puntos débiles de la presencia española en Filipinas. En primer lugar, cada vez que el comercio se cortaba, a causa de temporales o piratas, la economía sufría grandemente, y las crisis provocaban grave escasez de muchos bienes y fuertes subidas de precios. Además, como este comercio dependía no sólo de la ruta española del galeón Manila-Acapulco, sino de la ruta Manila-China, bastaba con que una de ellas sufriese disrupciones graves para que la situación en la ciudad se volviese crítica. Por eso, el colapso de la dinastía Ming o las guerras con Holanda tuvieron devastadores efectos sobre la economía manilense, lo que se observa en el estancamiento de la población durante estos años. Mientras duró la inestabilidad, los españoles tuvieron que depender del comercio portugués con Macao, a través del cual lograron abastecer sus necesidades más acuciantes (Villiers, 1980, p. 74).

Para combatir esta debilidad, los gobiernos españoles implementaron estrategias, como modificar el derrotero del Galeón a su llegada a Filipinas, para que fuese desconocido en cada ocasión. Esto evitó que buques ingleses u holandeses pudieran apostarse para secuestrarlo en numerosas ocasiones. También se intentó, siempre que fue posible, expandir los contactos comerciales con otros países, además de China. Embajadas con Siam, Camboya, Annam, Borneo, Malabar y Japón fueron intercambiadas, y el comercio fluyó con estos y otros reinos (Díaz-Terechuelo, 1989, p. 576). También se procuró la evangelización de estos países; no obstante, los misioneros sólo tuvieron un éxito significativo en Japón, y éste se perdió con las prohibiciones y persecuciones de cristianos durante el siglo XVII.

En el ámbito comercial, la situación evolucionó de forma similar: Japón fue el país asiático con el que más comercio tuvieron los españoles, después de China, pero durante el siglo XVII estas relaciones fueron cortadas por el nuevo shogunato. Así, a pesar de lograr extender sus contactos diplomáticos, religiosos y comerciales a muchos de los países de su entorno, las Filipinas siguieron dependiendo fuertemente de China.

El comercio de plata fue el más determinante durante los siglos XVI y XVII, pero a lo largo del XVIII, diversos cambios tanto en la situación económica mundial como nuevas políticas de la corona modificaron esta preeminencia. La nueva dinastía Qing mantuvo el patrón plata, al igual que sus predecesores, pero para aquel entonces, tal era la cantidad de metal que había fluido desde América y Japón que la diferencia con el precio del metal en otras partes del mundo se fue reduciendo (Flynn & Giráldez, 2002, pp. 395-396). Seguía siendo rentable, pero atrás quedaban los estratosféricos beneficios que se habían obtenido en décadas pasadas.

Además, con la llegada de los nuevos Borbones, entrado el siglo XVIII, se llevaron a cabo reformas en la cerrada esfera comercial manilense. Para empezar, el comercio de la ciudad presionó para que se ampliasen los límites de carga del Galeón. Estas pretensiones chocaron frontalmente con los intereses de los consulados de Sevilla y Cádiz, que veían con temor la competencia de los productos asiáticos. Sin embargo, la corona acabó por aceptar, y los reglamentos de 1702 y 1734 mejoraron las perspectivas del comercio de Manila. También se

implementaron modificaciones en el sistema de boletas con el fin de evitar abusos, aunque la situación no cambió demasiado. Algunos agentes de la corona, como el visitador Pedro de Quiroga o el virrey Marqués de Cadereyeta, entre 1636 y 1640, trataron de hacer cumplir a rajatabla las restricciones oficialmente establecidas, abriendo fajos y pesando las mercancías, pero estas medidas tan drásticas ocasionaron graves pérdidas económicas y una oposición prácticamente unánime, por lo que no se tardó en retornar a la situación anterior de “se acata, pero no se cumple” (Ramos & Lohmann, 1984, pp. 135-136).

Conforme avanzaba el siglo de las luces, nuevas políticas liberalizadoras fueron abriéndose camino. Fueron creadas instituciones como el Consulado de Manila, en 1769, para separar los intereses comerciales del Cabildo secular, que hasta entonces habían sido indistinguibles. Se tomaron medidas como el cese del reparto gratuito de boletas, que pasarían a subastarse, o la creación de la Compañía de Filipinas, que tras la firma del Tratado de San Ildefonso en 1777, podía utilizar la ruta africana, antes exclusiva para Portugal, para comunicar directamente Filipinas con la península. Años después, en 1793, la Compañía recibió autorización para reanudar el comercio directo con Perú.

Estas medidas incomodaron al comercio de Manila, que veía su monopolio quebrantarse ante el paulatino relajamiento del mercantilismo que había asfixiado las islas por más de un siglo. El puerto de Manila pasó a aceptar libertad de comercio irrestricta para buques de todas las naciones asiáticas en 1785, y luego se amplió a las europeas cuatro años después. Además, diversas instituciones como la ya citada Compañía, y otras de nueva creación como la Sociedad Económica, en 1781, se esforzaron por promover la economía filipina, invirtiendo en el sector agrícola, el ganadero, la industria y la minería, buscando crear nuevas oportunidades mediante la introducción de nuevos productos o la explotación más eficiente de otros. Diversas empresas se llevaron a cabo y, pese al fracaso de la mayoría, se lograron éxitos como la producción de añil para su exportación, o la aclimatación de la caña, el tabaco y el cacao (Díaz-Terechuelo, 1989, pp. 523-523).

Todas estas reformas dieron un fuerte impulso a Manila, que recibió más tráfico internacional que nunca, y vio de esta manera superado su secular estancamiento. La población española de la ciudad también aumentó, llegando a superar a los chinos en número, y se volvió a permitir libremente la llegada de migrantes de China, superándose así las épocas de recíprocas tensiones, motines y expulsiones.

La conexión directa con España a través de África y la apertura del comercio directo con Perú, junto con la relajación de las restricciones al comercio del galeón impulsaron al fin la constreñida economía filipina, que continuaría formando parte de la monarquía hispánica hasta su pérdida a manos estadounidenses en 1898.

## **CHINA: EL IMPERIO DEL OTRO LADO DEL MUNDO**

Si en el siglo XVI pudiera considerarse un país como el centro del mundo, este sería China, y sin duda alguna.

El Imperio Celeste no solo cubría una grandísima extensión, sino que era el país más poblado y rico del mundo, con más de 100 millones de habitantes en el siglo XVI, y una densa red urbana. Su gobierno fue el primero de la historia en lograr establecer un estado burocrático centralizado, y sus académicos e intelectuales, pioneros en el desarrollo de tecnologías revolucionarias, desde instrumentos de navegación como la brújula magnética, hasta el papel, la pólvora o la imprenta (Rodríguez Mediano, 2013).

### **I. Antecedentes, contexto histórico y primeros contactos**

Los españoles no fueron los primeros europeos en llegar a China; ya en la edad Media, el veneciano Marco Polo había viajado hasta allí, y después de involucrarse con la dinastía por entonces reinante, los mongoles Yuan, regresó a Europa. En la cárcel, en Génova, escribió “Il Milione”, o El libro de las maravillas, en el que relataba sus aventuras en el lejano oriente.

Pero incluso en tiempos de la Antigua Roma, los barcos mercantes cruzaban el canal de Suez (no navegable por entonces) para poder llegar a la India con el propósito de acceder a las valiosas mercancías chinas, y las grandes cantidades de moneda romana en el subcontinente indio son una prueba de ello. La ruta de la Seda, la alternativa terrestre al viaje por mar, fue durante siglos la ruta comercial más importante del mundo, y decenas de imperios surgieron, lucharon y sucumbieron a lo largo de Asia y Europa por controlar la tan codiciada arteria comercial. De hecho, el propio marco Polo llegó a China a través de ella.

Cuando los portugueses llegaron a China, por tanto, ya eran conocedores de la magnificencia del Celeste imperio, gobernado entonces por la dinastía Ming.

La dinastía Ming había llegado al poder en el siglo XIV, después de que el poder de los Yuan colapsase ante revueltas de campesinos provocadas por las asfixiantes y represivas políticas de los gobernantes mongoles (Beja, 2000). Los Ming, desde que llegaron al poder, se esforzaron por construir un estado fuerte, eficiente y centralizado.

Durante el reinado de los primeros emperadores Ming, la situación interna en el país logró estabilizarse, y el orden social fue restaurado. Un rígido sistema de clasificación social de inspiración confuciana fue impuesto, y se creó un ejército de soldados-campesinos con la intención de que fuese autosuficiente económicamente. Los puestos burocráticos más importantes, que en tiempos de los Yuan habían sido ofrecidos a extranjeros, en quienes los mongoles confiaban en mayor medida que en los chinos, fueron otorgados a chinos de etnia Han. Todas estas reformas dieron buenos resultados al principio, y la población china aumentó enormemente (Rodríguez Mediano, 2013). La actividad económica resurgió, y la nueva dinastía se convirtió en el actor político más importante de Asia.

Durante el siglo XIV, los Ming intervinieron militar y políticamente en numerosas disputas entre países extranjeros, y buscaron establecer contactos con las naciones vecinas. Los “viajes del tesoro” del almirante eunuco Zheng He fueron la máxima expresión del expansionismo marítimo chino, y nos ayudan a entender mejor la visión del mundo que tenía la dinastía Ming. Las flotas del tesoro contaban con cientos de barcos, algunos de ellos de

tamaño superior a cualquiera en el mundo en la misma época. Navegaban largas distancias con el fin de establecer contacto y cartografiar las costas más allá de China. Zheng He visitó el archipiélago indonesio, la Indochina, India, el golfo Pérsico y Árabe y África oriental. Los chinos, en estos viajes, establecían contacto con los dirigentes locales, y se intercambiaban regalos y palabras de buena voluntad. Gracias a estas expediciones, países tan lejanos que ni siquiera habían oído hablar de China, llegaron a ofrecer tributo al emperador de Pekín.

Sin embargo, estas grandísimas expediciones fueron el principio y el final de este expansionismo de la política china. Tras el último viaje de Zheng He, en 1477, la flota fue quemada, e incluso los registros del almirante fueron destruidos (Tremml-Werner, 2015, p. 56-57). La situación interna de China empezaba a empeorar, y en la corte imperial, algunos acusaban a los disparatados costes de las expediciones como una de las causas principales del declive.

## II. Crisis, aislamiento y reformas

La economía china empezó a resentirse, puesto que los Ming comenzaron a cometer los mismos errores que sus antecesores: gastos cada vez mayores, impuestos elevados y cada vez más difíciles de pagar, la corrupción e ineficiencia de la administración... Medidas antes mencionadas, como la división social o el ejército de soldados-campesinos, terminaron siendo problemas más que soluciones. La economía no era capaz de responder a la ley de la oferta y demanda debido a la imposibilidad de los ciudadanos de cambiar de ocupación, al ser la condición social hereditaria. El ejército acabó convirtiéndose en un agujero para las cuentas públicas, porque lo que cultivaban los soldados no era suficiente, y a lo largo de las generaciones, los guerreros habían abandonado el entrenamiento para dedicarse a las tierras, lo que tuvo el efecto de disminuir la capacidad combativa de las fuerzas Ming, hasta el punto de no realizar ninguna expedición militar en el extranjero tras 1449 (Rodríguez Mediano, 2013, pp. 121-122). La inestabilidad social y el descontento se fueron extendiendo, y el ataque de enemigos exteriores, como los mongoles, obligó a los Ming a tomar medidas.

Una de ellas, y la protagonista de la mayoría de los encuentros y desencuentros con los europeos y otros países de Asia, fue la prohibición del comercio marítimo privado (*haijin*). Con la intención de luchar contra la piratería, la construcción de buques mercantes de gran calado fue prohibida, bajo pena de muerte, mediante edicto imperial en 1436, y el sistema de comercio tributario quedó como única opción permitida.

El sistema de comercio tributario tenía la intención de colocar todo el comercio marítimo proveniente de otros países bajo el control exclusivo del Estado. Esto tendría, por una parte, beneficios económicos para la administración imperial y, por otro lado, permitía emplear el comercio como herramienta política. Sólo los países dispuestos a rendir tributo al emperador de China tenían permitido participar en este sistema. De esta manera, muchos soberanos de Asia se tornaron en vasallos del emperador de Pekín, si bien no lo reconociesen como tal en el ámbito doméstico (Toby, 1977, pp. 332, 333). Por ejemplo, los Emperadores de Annam (Vietnam), se hacían llamar reyes en su trato diplomático con China, pero dentro de su propio país se daban tratamiento imperial.

Para que el influjo de expediciones tributarias fuese manejable, se estableció un límite al número de barcos que cada nación podía enviar cada año. Esto redujo el flujo de mercancías

chinas al resto de la región, y tuvo el efecto de impulsar el contrabando y la piratería, que se convirtieron en actividades sumamente rentables (Tremml-Werner, 2015, p. 261).

La piratería en el mar de China fue un fenómeno de gran alcance, cuyas causas eran tan numerosas como sus efectos. Una de las causas fue la restrictiva política comercial de los Ming, que de facto convertía en delincuentes a los comerciantes privados. Otra causa fue la precaria situación de los campesinos de las regiones de Fujian y Cantón; un sistema impositivo fuertemente extractivo y una burocracia corrupta y asfixiante provocaban que, en numerosas ocasiones, fuese imposible pagar los impuestos. Ante el temor de terminar en la miseria, muchos vieron la vida en el mar como única escapatoria, si bien no estaba libre de riesgos (Wang, 1936, pp. 201-202). En ocasiones, incluso los corruptos burócratas hacían de capitalistas para estos ilícitos mercaderes-piratas.

Otra causa relevante para el auge de la piratería se daba fuera de China, pero seguía guardando relación con la política imperial: la desintegración del shogunato Ashikaga, en Japón. Si bien en un principio los enviados del shōgun participaban en las misiones tributarias, los Ashikaga perdieron el control de sus propias cuentas a manos de otros clanes. Cuando, en 1523, dos expediciones tributarias japonesas de distintos clanes rivales se presentaron en Ningbo, los chinos expulsaron a ambas y cortaron relaciones con Japón. (Tremml-Werner, 2015, p. 77). Al quedar excluidos del comercio tributario, a los japoneses no les quedó otra opción que el contrabando y la piratería.

Además de esto, la desintegración del poder central durante el periodo Sengoku hizo que muchos campesinos y guerreros japoneses, ante la difícil situación doméstica, se lanzasen al mar. Muchas veces, los propios daimios de Kyushu patrocinaban las correrías de estos piratas, que establecerían sus bases principales en esta isla, al sur de Japón (Clulow, 2010, pp. 4-7).

Estos piratas no solo saqueaban las costas de Corea y China, sino que se dedicaban también al comercio con los locales. Pronto, los “*wakō*” o piratas japoneses, tenían entre sus miembros a más chinos que nipones, y la situación continuó empeorando con el paso de los años hasta llegar a su punto álgido entre mediados y finales del siglo XVI. Sólo comenzaron a cambiar las tornas a raíz del proceso de unificación de Japón, debido a que los nuevos poderes centrales fueron recuperando el control del comercio exterior de forma progresiva, y encontraron nuevas maneras de intercambio que no incluían la piratería. Los detalles en torno a esta cuestión serán debidamente analizados en el capítulo que dedicamos a Japón.

Para comprender la situación en el mar de China y la verdadera importancia del comercio es necesario entender otro aspecto relevante de las políticas imperiales de los Ming: las reformas del sistema monetario.

Ya en tiempos de los Song, apareció el papel moneda en China. Los Ming lo convirtieron en un medio oficial de pago. Los billetes Ming estaban respaldados por un valor nominal en monedas de cobre, y las monedas eran convertibles a papel, pero no a la inversa. Al principio de la dinastía, los billetes fueron un instrumento financiero útil para el gobierno y para los grandes comerciantes, pero los burócratas de Pekín no tardaron en caer en los vicios de la emisión monetaria como medio de financiación. A lo largo de su existencia, el valor nominal de los billetes fue alejándose más y más del valor real de intercambio, y la inflación resultante provocó que los comerciantes privados comenzasen a buscar medios de pago y atesoramiento de riqueza más fiables (von Glahn, 1996, p. 430-432).

El metal utilizado por antonomasia en China era el cobre. Sin embargo, este era incómodo de manejar en grandes cantidades, por lo que se comenzaron a emplear piezas de plata. La plata empezó siendo utilizada al peso, sin acuñar, principalmente por comerciantes privados. Con el tiempo, se mostró como un medio fiable, y su uso comenzó a extenderse. Si bien el cobre seguía siendo popular para los pequeños pagos y compras del día a día, el nuevo metal se convirtió en la principal reserva de valor. El gobierno, ante la crisis económica que azotaba el país, comenzó a utilizar también la plata, con lo que su demanda fue aumentando, a la par que su valor. Durante la década de 1450, cesó definitivamente la emisión de papel moneda.

Un factor clave respecto a la introducción progresiva del patrón plata en China es que en el país no existían reservas naturales considerables del metal. Y las pocas minas que pudiese haber empleaban métodos de extracción profundamente ineficientes, en comparación con las explotaciones extranjeras (Bjork, 1998, p. 31-32). Por ello, la gran mayoría de plata debía importarse del exterior.

El giro definitivo de la economía china hacia la plata se dio cuando en el año 1580, el gobierno Ming llevó a cabo una gran reforma tributaria que establecía la “ley del látigo único”, por la cual se simplificaba y unificaba el pago de muchos de los impuestos que la población debía pagar, y se determinaba que éste debería realizarse en plata en lugar de en especie. Esta reforma disparó la demanda de plata como nunca en la historia de China, y tuvo un alcance inmenso a escala global (Flynn & Giráldez, 1995, pp. 208-209).

### **III. España, Manila y la plata americana**

La llegada de los europeos a China en la Edad Moderna tuvo lugar en el momento en que estos cambios fueron implementados. Como en China no había plata, debía de ser importada. No obstante, el sistema de comercio tributario se mostró enormemente limitado para satisfacer la demanda del metal. Además, el mayor productor de plata de Asia era Japón, que como ya hemos visto, había sido excluido del sistema. Por tanto, no quedó otra opción a los dirigentes chinos que tolerar cierta apertura comercial. Esta coyuntura no pudo venir mejor a los portugueses, que lograron la concesión de Macao, en Cantón, en 1557. La factoría se convirtió en un centro económico clave para el comercio regional, y los navegantes lusos se beneficiaron enormemente como intermediarios entre Japón y China (Villiers, 1980, pp. 70-71). La ruta de la nao del Japón, que recorría los puertos y factorías portuguesas de Asia, iba todos los años desde Goa hasta Nagasaki, pasando por Malaca y Macao, obteniendo estratosféricas ganancias. Los portugueses lograron una ventaja competitiva respecto a los piratas-comerciantes chinos y japoneses, así como respecto a los Ryūkyūenses (Lee, 1989, p. 8).

En primer lugar, los buques portugueses no estaban sometidos a las limitaciones del sistema de comercio tributario, por lo que podían enviar tantos barcos y mercancías como quisiesen. Y, por otra parte, no tenían consideración de contrabandistas o piratas, por lo que sus operaciones no eran combatidas por las autoridades Ming.

Sin embargo, el país que llegó a jugar un papel verdaderamente central en medio de todos estos cambios fue España. Para empezar, los españoles estaban ya en un principio interesados en China, y fue por este motivo que se eligió situar la capital de las Filipinas en Manila, que era el puerto comercial más importante de las islas, con contactos con China que se remontaban a cientos de años atrás (de la Vega, 1972, p. 49).

Desde la ciudad, los españoles comenzaron a comerciar con los chinos, que acudían con productos desde Fujian, principalmente, para satisfacer las demandas de los nuevos colonos. A esto contribuyó positivamente la política de apertura comercial de Fujian, el *kaihai*, que permitió la salida de juncos chinos a partir de 1567. Sin embargo, el hecho fundamental para entender el impacto de los españoles en Asia es la plata. Y es que la América Española se convirtió, a partir de estos años, en la principal productora y exportadora del metal de todo el mundo, llegando a generar en torno al 80% de la producción total del planeta (Flynn & Giráldez, 1995, p. 6).

Manila se convirtió en el principal punto de suministro de plata para la economía china, y la ruta del Galeón de Manila adquirió la función de cordón umbilical, vital para las economías de uno y otro lado del mundo. Al principio en la historia de la ruta, el comercio entre Filipinas y América era libre, pero la corona no tardó en establecer su monopolio. Pese a las limitaciones oficiales impuestas, los participantes en el comercio del Galeón pronto hallaron maneras imaginativas de “flexibilizar” el sistema, y se calcula que no sólo hubo viajes no autorizados hacia y desde Perú, sino que, en la ruta de Acapulco, la carga real era muy superior a la oficialmente permitida (Ramos & Lohmann, 1984, pp. 135-136). Los beneficios estratosféricos que se podían obtener intercambiando plata americana por productos chinos explican esta fiebre del comercio.

Los chinos acudían al mercado de Manila, llevando principalmente sedas, así como otras manufacturas de lujo, y las intercambiaban por plata española, con la que regresaban a puertos chinos. Tales eran las cantidades de plata que los chinos adquirían, que la corona justificaba las limitaciones al comercio con la intención de evitar “vaciar” América de plata. Sin embargo, todos los participantes en este intercambio salieron enormemente beneficiados.

La plata se continuó extrayendo de América mientras que fuese rentable. Es decir, mientras que los costes de explotación más los impuestos reales (el quinto real, principalmente), no superasen los beneficios. Hasta 1648, hubo varios factores que jugaron a favor de la corona: en primer lugar, el descubrimiento de nuevos métodos de extracción y refinamiento que permitían reducir los costes de producción y aumentar la eficiencia. En segundo lugar, la enorme demanda de plata en China. La concurrencia de ambos tuvo el efecto de mantener rentable la producción de plata durante un periodo considerable, en el cual la corona pudo sustraer grandes cantidades para financiar las guerras en Europa y los gastos de la administración (O’Flynn & Giráldez, 2020).

Sin embargo, conforme la plata iba llegando a China, su demanda se iba saciando, y los beneficios del comercio se iban reduciendo. Esto lo podemos observar en las variables bimetálicas que comparan el precio del oro y la plata en distintas zonas del mundo. El precio de la plata en China fue, poco a poco, igualándose con el del resto del mundo (Flynn & Giráldez, 1995, p. 10-11).

Otro factor que contribuyó a esto fue el surgimiento de Japón como gran productor de plata a principios del siglo XVII. A través de Ryūkyū, Corea y mercaderes privados, cantidades de plata equiparables a la de origen español fluyeron hacia China, contribuyendo a saciar más rápidamente la sed de la economía china por el metal (Toby, 1977).

Esto no quiere decir que dejase de ser rentable el comercio del galeón, sino que los beneficios ya no eran tan descomunales. Sin embargo, sí que provocó que el precio de la plata descendiese y que, para 1648, las minas de América alcanzasen su límite. La producción entró

en crisis, y la recaudación de la corona se redujo considerablemente (Flynn & Giráldez, 1995, p. 14-15). Los productores, ante la elección entre abandonar el negocio por completo o vender su producción en el mercado negro para esquivar la mano de la corona, tendieron a decantarse por esta segunda, y la plata siguió fluyendo hacia China, aunque de manera más comedida.

La fecha de 1648 coincide tanto con el colapso del poder de los Habsburgo españoles en Europa como con el inicio de la transición Ming a Qing. Este acontecimiento ilustra la importante relación de dependencia que el comercio de la plata había supuesto para ambos imperios (Bonialian & Hausberger, 2018, p. 213).

Al igual que la plata era enormemente codiciada en China, las sedas y manufacturas de lujo chinas tenían grandísima demanda tanto en América como en Europa. Sin ir más lejos, los madrileños mantones de Manila eran confeccionados en origen por fabricantes chinos para los consumidores hispanos. Las telas y porcelanas también alcanzaron notable popularidad entre las clases acomodadas de todo occidente, y las temáticas y motivos decorativos de inspiración china pueden verse en multitud de palacios y jardines europeos durante los siglos XVII, XVIII y XIX.

Otro gran impacto del comercio entre China y España fue la llegada de productos americanos y europeos a China, como variantes del arroz más resistentes, la introducción de tubérculos como la patata y el boniato y otros alimentos. El intercambio colombino permitió un aumento considerable de la población china durante el siglo XVII, pasando de 110 a 150 millones entre principios y finales de la centuria (Rav, 2015, p. 4).

#### **IV. Los Qing**

El colapso de la dinastía Ming a mediados del siglo XVII tuvo graves consecuencias para los españoles. Además de la brusca reducción del comercio, con la consecuente caída de los precios de la plata, Manila quedó aislada también de suministros y rodeada de piratas holandeses, ingleses y chinos que aprovecharon el caos reinante para campar a sus anchas (Ramos & Lohmann, 1984, p. 152).

Afortunadamente, la llegada al poder de la nueva dinastía supuso una estabilización de la situación, y el comercio volvió a fluir. No obstante, no regresaría inmediatamente al volumen de épocas anteriores, y los Qing trataron también de limitar y prohibir el comercio privado, aunque las medidas no llegaron a tener una aplicación completamente efectiva, y los chinos continuaron acudiendo a Manila.

Mientras los Ming y sus partidarios continuaban resistiendo en el sur de China y las costas e islas cercanas, como Taiwán, los Qing decretaron una prohibición del comercio marítimo. El objetivo era aislar a estos partidarios y simpatizantes de los Ming, y que no pudiesen recibir refuerzos o suministros.

Concluida la guerra y ya derrotados definitivamente los Ming con la caída de los lealistas Zheng en Taiwán, el emperador Kangxi permitieron una mayor apertura y liberalización del comercio en 1684, debido a la importancia que manifiestamente tenía la actividad comercial para la prosperidad económica del país, especialmente en las provincias costeras meridionales (Rodríguez Mediano, 2013, p. 135). Esto provocó un repunte del comercio y una expansión económica en la región, lo cual benefició el comercio con Manila,

que se recuperó tras haber pasado sus momentos más bajos a causa de la guerra, la piratería y la inestabilidad

En 1757, con la pretensión de controlar el comercio exterior, el emperador Qianlong ordenó el establecimiento lo que conocemos como el “sistema de Cantón”, por el cual todo el comercio de extranjeros con China debía conducirse exclusivamente a través de la ciudad de Cantón, y éste quedaba en manos del Cohong, un gremio de comerciantes establecido para monopolizar toda la actividad comercial extranjera, y que rendía cuentas ante el gobierno imperial (Hung, 2001, pp. 476-477).

Este nuevo sistema forzó a holandeses y británicos a adecuarse a las normas impuestas, pero para los españoles apenas supuso cambios. El motivo es que, en el caso de Manila, eran los chinos quienes hacían los viajes entre China y Filipinas, mientras que los españoles sólo se encargaban de la travesía entre Acapulco y Manila, ya que las autoridades españolas prohibían a los españoles ir a China sin autorización (Folch, 2008, pp. 2-3).

## **V. Las relaciones bilaterales entre China y España a través de las Filipinas**

La mayoría de los contactos que los españoles tuvieron con China fueron comerciales, a través de agentes privados. Es cierto que hubo embajadas e intentos de comunicarse con las autoridades centrales y locales, pero nunca lograron reconocimiento por parte de los emperadores por no aceptar someterse al sistema de comercio tributario. La concepción europea de la diplomacia en la que los soberanos se entendían entre sí como iguales chocaba frontalmente con la visión sinocéntrica imperial confuciana, en la que había distinción clara entre el que ofrece tributo y lo recibe (Tremml-Werner, 2015, pp. 171-173).

Con las autoridades provinciales, los españoles lograron una comunicación más fluida que con la corte imperial, e incluso en 1598 se llegó a conceder a los españoles la pequeña isla de “El Piñal”, para que estableciesen una factoría a la manera de Macao (Sousa Pinto, 2008, pp. 22-23). Los portugueses protestaron enérgicamente contra ello y llegaron a atacar a los españoles. Las autoridades chinas redujeron el suministro de alimentos a Macao, lo que logró que los portugueses no interfiriesen. Sin embargo, el proyecto de El Piñal no llegó a materializarse y fue olvidado, hasta el punto de que hoy día ni siquiera se conoce con exactitud la ubicación de la pequeña isla.

Respecto a planes más allá de los comerciales, en el siglo XVI hubo proyectos de conquista y evangelización de China. Teóricamente, la Audiencia de Manila extendía su jurisdicción a las islas y tierra firme de China. Sin embargo, los extranjeros no eran bien recibidos, y sólo se permitió su presencia cuando acudiesen en viaje oficial, como representantes o intérpretes. De no ser así, su presencia debía restringirse a las zonas designadas para ello. Por ejemplo, a los portugueses no se les autorizaba a salir de su factoría libremente. No era este el caso, no obstante, de los misioneros: los jesuitas de Macao pudieron viajar por China y establecer misiones. Los religiosos de Filipinas, sin embargo, no tuvieron el mismo acceso al país debido a las cuestiones de competencia que enfrentaban a los clérigos portugueses, principalmente jesuitas, con los españoles de otras órdenes, como los agustinos o los dominicos (Folch, 2008, pp. 2-3).

Y en cuanto a las operaciones de conquista, fueron principalmente promovidas por el gobernador Francisco de Sande, que guardaba rencor hacia los chinos a raíz de que una misión

oficial china se mostrase reticente a entregarle los obsequios que iban en principio dirigidos a su predecesor en el cargo. Sin embargo, las ambiciosas propuestas del gobernador fueron desestimadas por la corona, que prefería mantener relaciones con China en términos de paz y cordialidad (de la Vega, 1972, p. 68). En general, a pesar de las ocasionales suspicacias de las autoridades españolas de Filipinas respecto a China, el gobierno de Madrid siempre procuró mantenerse en términos amistosos con el imperio vecino.

La comunidad de sangleyes de Manila también tuvo un papel muy relevante en cuanto a las relaciones con China, más allá de lo comercial y lo privado (Folch, 2008, p. 4). Los chinos de Manila eran quienes solían ayudar a los españoles como traductores e intérpretes en sus conversaciones con enviados chinos a Manila, y acompañaban a los españoles en misiones a China.

Las relaciones de toda clase entre China y España se estabilizaron con la llegada al poder de los Qing y la pérdida de la hegemonía de los Habsburgo. Durante el reinado de los últimos Austrias, y posteriormente, los Borbones, el enfoque agresivo e intervencionista que habían mostrado los españoles durante el siglo XVI y primera mitad del XVII, se vio sustituido por una política de práctica coexistencia pacífica. No se volvieron a hacer intentos importantes de evangelizar China, ni hubo nuevas propuestas de conquista o intervención en la política imperial o regional del país vecino. Como veremos en próximo capítulo, los españoles hicieron lo mismo en Japón, y el resto de los países de la región. Todas las intervenciones en el extranjero, como las guerras de Borneo y Camboya, o la colonización de Formosa, son anteriores a 1648 (Borao, 2007, p. 14).

A partir de ese momento, y especialmente durante el siglo XVIII, la política española se centró más en desarrollar las Filipinas y menos en negociaciones con países vecinos. Las relaciones comerciales y privadas continuaron, sin apenas restricciones por parte de la corona, y los juncos chinos siguieron llegando a Manila para comerciar, con independencia de las políticas más o menos estrictas de los Qing.

## JAPÓN: UN VECINO COMPLICADO

Pese a la intensidad e importancia de los contactos entre chinos y españoles y el gran nivel de interdependencia que llegó a establecerse gracias, principalmente, al comercio entre ambos, el país con quien más contacto político tuvieron los españoles fue Japón.

### I. Antecedentes y contexto histórico. El Japón feudal

Japón es un país archipelágico formado por varias islas de gran tamaño situadas al este de China y Corea, al norte de las Ryūkyū. Culturalmente, al igual que Corea, puede situarse en la esfera cultural china. Japón, sus formas de gobierno, su historia, su religión y sus usos y costumbres presentan notable influencia y parecido con las de sus vecinos continentales. El confucianismo, el budismo, el sistema de escritura, los modelos políticos y muchas otras cosas hermanan a los países de Asia oriental.

Antes de la llegada de los españoles, la organización política de Japón presentaba, no obstante, una complejidad que lo diferenciaba de sus vecinos. Oficialmente, el país estaba regido por el emperador, y sus ministros, desde la corte, en el palacio imperial de Kioto. No obstante, desde varios siglos atrás, el gobierno no estaba en manos del emperador, sino que existía toda una estructura política paralela superpuesta: el shogunato. Los shogunatos eran gobiernos militares dirigidos por clanes poderosos de la clase guerrera o samurái. Los shōgun del clan Ashikaga eran quienes ostentaban realmente el poder en Japón desde su castillo en Muromachi, en la ciudad de Heian-kyō (actual Kioto). El shōgun, que podría traducirse como “generalísimo”, tenía autoridad sobre los asuntos del país y sobre los demás señores feudales, o “daimios”. Estos daimios controlaban, con bastante autonomía sus dominios, o “*han*”. Los daimios eran herederos de los antiguos gobernadores militares de las provincias de Japón en periodos anteriores, pero con el tiempo habían adquirido autonomía, y se habían vuelto independientes del gobierno imperial, que ya no tenía ningún poder efectivo sobre ellos. Eran estos señores feudales quienes realmente dominaban los asuntos políticos de Japón.

El shogunato Ashikaga era el que existía en el momento en que llegaron los españoles a Filipinas, pero no era el primero en la historia de Japón, ni sería el último. Y pese a estas características generales que hemos dado, cada uno de ellos, en un momento de la historia, tuvo diferentes características. La historia del shogunato Ashikaga se remonta a la crisis del anterior shogunato, el de Kamakura, a raíz de una serie de crisis internas provocadas por diversas causas, como el desgaste ocasionado a raíz de las invasiones mongolas de Japón, que tuvieron lugar entre 1274 y 1281. Varios generales importantes, aliados con el emperador, se rebelaron contra la autoridad del shōgun en 1333, en lo que se conoce como la “Restauración Kenmu”. El gobierno militar, en Kamakura, envió aun general de confianza, Ashikaga Takauji, para que suprimiese el alzamiento. Sin embargo, este se pasó al bando imperial, y otro noble de la región de Kanto asesinó al shōgun de Kamakura, dando comienzo a una guerra civil. Ashikaga, tras romper relaciones con el emperador, que huyó de Heian-kyō, nombró un nuevo emperador y se quedó en la capital para establecer un nuevo gobierno militar. Tras vencer en la guerra civil, Takauji quedó definitivamente asentado como nuevo líder de Japón, fundando el shogunato Ashikaga en 1336.

No obstante, el nuevo shogunato era bastante débil, puesto que el clan Ashikaga no tenía por sí mismo grandes extensiones de tierras, ni poderosos ejércitos: su poder se basaba en la

capacidad que habían tenido sus líderes para crear un nuevo equilibrio de poder que el resto de los clanes guerreros estaban dispuestos a aceptar. Esta debilidad se haría cada vez más visible: la autoridad de los shōgun se fue debilitando y, pronto, diversos clanes se disputaban entre sí el favor de los Ashikaga para fortalecer sus propios intereses. En el año 1467, ante un problema sucesorio, estalló una guerra civil, la Guerra de Ōnin, entre los partidarios de Ashikaga Yoshimi y Ashikaga Yoshihisa. Esta guerra terminó extendiéndose por todo el país, involucrando a la gran mayoría de clanes, y desembocó en la etapa de la historia japonesa conocida como “Sengoku Jidai” o de los estados combatientes.

Este estado de guerra tuvo consecuencias desastrosas para la economía y la estabilidad del país nipón a todos los niveles, y provocó un elevado nivel de militarización en la sociedad. Fue en este periodo en el que los samuráis, la clase guerrera, lograron una mayor influencia en la historia de Japón, puesto que todos los asuntos quedaban en última instancia en sus manos. La inestabilidad y las confrontaciones continuas se sucedieron por más de un siglo, hasta mediados del siglo XVI, cuando comenzó el proceso de reunificación que devolvería al fin la unidad política y la estabilidad al archipiélago (Osamu, 1982, p. 345).

## **II. La unificación de Japón y los primeros contactos**

El proceso de unificación se inició en el momento en que Oda Nobunaga, un daimio que recientemente se había hecho con una gran fuerza militar y poder político, se alió con el shōgun, Ashikaga Yoshiaki, y conquistó Kioto, expulsando de allí a los señores feudales que había anteriormente. El shōgun quiso agradecer a Nobunaga, ofreciéndole un título, pero éste lo rechazó, y publicó un edicto por el cual limitaba los poderes del shōgun. Contrariado por la traición, los Ashikaga reunieron a sus aliados y se enfrentaron a Nobunaga, pero fueron derrotados en 1573. Tras este evento, el victorioso Nobunaga abolió el shogunato.

Este hecho produjo gran revuelo en el país, y la guerra civil se recrudeció entre los partidarios y los enemigos del ambicioso guerrero que se había adueñado de Kioto. Contra varios señores de Chugoku, Nobunaga mandó a uno de sus más capaces generales, Toyotomi Hideyoshi, para que tomase el importante castillo de Takamatsu. No obstante, al recibir noticia de que un ejército marchaba para cercar a Hideyoshi mientras duraba el sitio, ordenó a otro de sus generales, Akechi Mitsuhide, que acudiese con refuerzos a su rescate, mientras él se retiró a un templo cercano a Kioto.

Oda Nobunaga era un militar brillante, pero tenía un carácter fuerte y violento, y era extremadamente sanguinario. Durante una batalla, había ordenado quemar importantes templos budistas, pasando a cuchillo a todos los monjes y cortando la cabeza a todos los supervivientes, fuesen viejos, mujeres o niños. Mitsuhide, ferviente budista, reaccionó ante las atrocidades de su señor, y aprovechando la situación, en vez de acudir en ayuda de Hideyoshi, se volvió contra Nobunaga y lo asesinó en 1582, en lo que se conoce como el incidente de Honnō-ji.

Al enterarse de esto, Hideyoshi regresó rápidamente a Kioto, donde derrotó a Mitsuhide y se proclamó heredero de Nobunaga. Pese a la oposición de los partidarios de los hijos de Nobunaga, consiguió asegurar su posición, y se hizo nombrar Kanpaku (puesto equivalente a regente o consejero del emperador) pocos años después, en 1585 (Osamu, 1982, pp. 349-350).

El primer contacto de los españoles con Japón corresponde a este período de unificación. Los españoles tenían varios intereses con respecto a sus relaciones con el país nipón. Por una

parte, estaban sumamente interesados en la evangelización de los japoneses. Los primeros españoles en llegar a Japón, como muestra de ello, eran dos monjes franciscanos: Diego Bernal y Juan Pobre Díaz Pardo, que atracaron en Hirado en 1582. La importancia de los asuntos de la fe, no obstante, va más allá de la mera voluntad de evangelizar. Tanto españoles como portugueses empleaban a religiosos como representantes de los intereses de sus respectivos gobiernos, y estaban involucrados en asuntos de política y comercio.

Los portugueses, que fueron los primeros europeos en establecer contacto y relaciones con Japón, emplearon asiduamente a los religiosos como forma de introducirse en el país. Los jesuitas, que inicialmente eran la única orden religiosa con permiso para entrar en él, estaban fuertemente involucrados en el comercio de la nao del Japón, la ruta comercial que los portugueses habían conseguido establecer, conectando Goa, Malaca, Macao y Nagasaki. De hecho, fueron los jesuitas quienes obtuvieron de Omura Sumitada, primer daimio converso, la ciudad de Nagasaki en 1580 (Cooper, 1972).

La situación política de Japón a finales del siglo XVI, como hemos visto, era bastante convulsa, e incluso tras la llegada al poder de Hideyoshi no había un gobierno central realmente establecido. Por tanto, cuando los españoles u otros europeos llegaban al país, encontraban difícil saber a quién dirigirse en cada momento para negociar unos u otros asuntos. Una prueba de esto es que a los daimios de Kyushu, las fuentes españolas los mencionan como “reyes”. Así, encontramos menciones a los “reyes de Hirado”, por ejemplo (Clulow, 2010, pp. 5-6).

Las relaciones que se lograron establecer al principio fueron prometedoras. Los españoles tenían intención de evangelizar, así como intereses comerciales, y los daimios de Kyushu se mostraron dispuestos tanto a abrazar la nueva fe como a comerciar. De hecho, antes incluso de que los españoles llegaran a costas niponas, ya había mercaderes, piratas y contrabandistas provenientes del sur de Japón operando en las Filipinas y en todo el Mar de la China (Clulow, 2010, pp. 5-6).

### **III. Los intereses comerciales**

El nexo comercial con Japón se convirtió en un asunto de suma importancia para la supervivencia de Manila. Para ello, es necesario entender las dinámicas del comercio triangular del Pacífico entre América y Manila, Japón y China. Como ya hemos visto antes, la plata española llegaba de América a Manila, y era el principal bien del que disponían los españoles para intercambiar. Esa plata era altamente solicitada por los chinos, debido a las reformas monetarias que convirtieron a China en una economía basada en plata como medio de pago. Al carecer China de minas importantes, casi toda debía de ser importada. Las principales fuentes del metal eran los españoles de Manila, por un lado, y los japoneses, por el otro (von Glahn, 1996, p. 432). Por tanto, en el mercado de Manila, los españoles intercambiaban su plata por productos chinos, especialmente sedas y bienes de lujo, que estaban destinados a revenderse en América y España. Los japoneses acudían en grandes números a Manila debido a que era un mercado donde podían adquirir estos productos chinos, de los que también tenían gran demanda.

¿Y qué ofrecían los japoneses? Principalmente, suministros. Y esto era verdaderamente clave, puesto que muchos productos cotidianos, alimentos, municiones y otros materiales, no estaban disponibles en las Filipinas, y tampoco resultaba rentable importarlos desde América. Tampoco resultaba la opción más atractiva para los chinos, que sacaban mayores beneficios vendiendo productos de lujo. De esta manera, los japoneses se convirtieron en los principales

suministradores de artículos “de supervivencia” para la aislada colonia de españoles en Manila (Tremml-Werner, 2015, p. 222).

Podemos pensar entonces que Manila se encontraba en una desesperada situación de dependencia económica con respecto a sus vecinos. Y esto es cierto, ya que sería difícil contemplar la mera supervivencia de la colonia sin dichas relaciones comerciales. No obstante, esta dependencia era mutua en muchos sentidos. Como ya se ha explicado en capítulos anteriores, el modelo chino de relaciones diplomáticas y comerciales estaba sujeto al concepto de las misiones tributarias. Por tanto, la única manera legal de comerciar con China era enviando una misión tributaria, lo cual implicaba reconocer al Emperador de China como “superior” frente al país oferente. Los shōgun Ashikaga habían comenzado a enviar misiones tributarias en 1402 para este fin, y durante un largo periodo se pudieron mantener las relaciones. No obstante, con la desintegración de la autoridad central, las cuentas del shogunato pasaron a ser controladas por el clan Ouchi en 1516. A partir de ese momento, las misiones tributarias continuaron en nombre del shōgun, pero de facto estaban monopolizadas por los Ouchi. Sin embargo, en 1523, otro clan, el Hosokawa, envió una misión, que coincidió con la del otro clan en Ningbo, el puerto designado por los Ming para la llegada de japoneses. Los chinos, indignados por esto, rechazaron ambas misiones y el gobierno imperial decretó la expulsión de Japón del sistema tributario. Esto, como se puede suponer, tuvo gravísimas consecuencias, puesto que, desde ese momento, todo intercambio comercial entre China y Japón era ilegal. De este modo, la única manera de intercambiar mercancías era a través de comerciantes privados, chino o japoneses, que serían tratados como piratas por las autoridades chinas (Tremml-Werner, 2015, p. 261).

Esto explica por qué el establecimiento de Manila fue de gran interés para los japoneses. La aparición de un puerto franco donde poder comerciar libremente con los chinos ofrecía una manera bastante segura de sortear las prohibiciones chinas, y abría la puerta a mercados nuevos, como el americano, en el que también mostraron gran interés.

Durante el siglo XVI, por tanto, hubo intenso contacto comercial entre japoneses y españoles, normalmente llevado a cabo por mercaderes japoneses y *wakō* que acudían a Manila, a la vez que los misioneros españoles eran bienvenidos y tolerados por los señores del sur de Japón. Sin embargo, el progresivo fortalecimiento de la autoridad central en manos de Hideyoshi supuso el advenimiento de cambios importantes (Osamu, 1982, pp. 355-356). Hasta el momento, los españoles se habían beneficiado de la falta de cohesión política interna en Japón: las negociaciones se hacían directamente con los daimios, y el comercio y la evangelización avanzaban de manera prometedora.

#### **IV. El advenimiento de Hideyoshi**

A quien políticamente esta situación no le beneficiaba era Hideyoshi. Desde que llegó al poder, llevó a cabo medidas diseñadas para establecer un nuevo orden social, reduciendo la autonomía de la que hasta entonces gozaban los señores y los clanes guerreros, y aumentando el poder de su persona. La religión cristiana fue percibida por él como una amenaza, ya que constituía una intrusión de intereses extranjeros (españoles y portugueses) y una posible herramienta política de los clanes del sur para fortalecer su independencia de cualquier poder central. Por ello, Hideyoshi lanzó ofensivas militares contra los clanes de Kyushu y promulgó edictos contra la entrada de misioneros y contra el cristianismo en general, llegando incluso a

desembocar en la crucifixión de numerosos cristianos japoneses y misioneros portugueses y españoles en 1597, tristemente conocidos como “mártires de Japón” (Boscaro, 1973, p. 221).

Por esta época, además, Hideyoshi concibió un plan para invadir China. El objetivo de este descabellado proyecto era fortalecer su poder político tras el fin de las guerras civiles: al crearse un enemigo común externo, los rivales internos de Hideyoshi enfocarían sus esfuerzos en la conquista, y dedicarían sus soldados y recursos económicos a combatir en el exterior, en vez de a conjurar contra él. Además, gracias al botín y la gloria de las victorias militares, su propia imagen se vería fortalecida dentro del país.

No obstante, el proyecto de conquista contaba con que la dinastía Joseon de Corea permitiese el paso de sus tropas hasta la frontera china, cosa que no hicieron, y ello supuso que el objetivo inmediato de la misión pasase a ser la península de coreana. Las intenciones de Hideyoshi eran conquistar Corea y luego China. No obstante, el conflicto terminó convirtiéndose en una guerra de desgaste que no llegó a extenderse más allá.

Antes de comenzar la invasión de Corea en 1592, los españoles temían que todo fuese una treta del astuto líder nipón para conquistar Manila por sorpresa. Y es que, tan sólo un año antes, Hideyoshi había exigido a los dirigentes de Taiwán y de Luzón que le rindiesen tributo, bajo amenaza de invasión. Siendo conocedores de la concentración de tropas que estaba teniendo lugar en Japón, los españoles temían seriamente por la supervivencia de la pequeña colonia, que vería sus defensas superadas en caso de producirse un ataque de tal magnitud (Ojeda, 2020, p. 51).

Como vemos, al margen de que el comercio fluyese, la autoridad central japonesa se mostraba cada vez más hostil hacia los españoles, por verlos como un elemento externo que amenazaba su poder político. A las sospechas de invasión y la intolerancia religiosa, se sumó otro incidente que enturbió aún más las relaciones entre ambos países: en 1596, el galeón San Felipe naufragó en las costas de Japón, y Hideyoshi no impidió que sus mercancías fuesen saqueadas, ni que los miembros de la tripulación fuesen pasados a cuchillo. De hecho, el propio Hidyoshi supo sacar gran provecho de esto, puesto que las mercancías que tomó del galeón le permitieron continuar financiando la campaña de Corea.

La guerra en Corea se prolongó, con devastadores efectos para la población coreana, hasta que, en 1593, la dinastía Ming intervino en el conflicto y Hideyoshi se vio obligado a retirarse. El dirigente murió pocos años después, a causa de una enfermedad, dejando como heredero a su hijo Hideyori. Como éste era aún un niño, estableció un consejo de ancianos formado por algunos de los señores más poderosos de Japón, para que hiciesen de regentes hasta que su hijo alcanzase la mayoría de edad.

Uno de estos señores era Tokugawa Ieyasu, poderoso daimio de Kanto que había servido junto con Hideyoshi en tiempos de Oda Nobunaga. Tokugawa, hábil político, fue maniobrando para ganar apoyos y, con el paso de los años, había ganado suficiente poder como para eclipsar a los otros miembros del consejo. Tras numerosas tensiones, estalló un enfrentamiento armado entre los partidarios de Ieyasu y los de Hideyori. En la batalla de Sekigahara, en 1600, el bando de Ieyasu venció, logrando definitivamente alzarse con el poder político, y siendo nombrado shōgun tres años después. El nuevo shogunato Tokugawa regiría el destino de Japón durante casi tres siglos, trayendo numerosos cambios con respecto a épocas anteriores.

## V. España y los Tokugawa

El poder del shōgun aumentó, consolidando la labor política de Hideyoshi. Ieyasu estableció su centro de poder en Edo, la actual Tokio, y desde allí inició numerosas maniobras políticas para reducir la autonomía de los señores feudales e instaurar un orden político estable que diese por concluida la reunificación de Japón. No obstante, tras la batalla de Sekigahara, Ieyasu había tomado la decisión de dejar vivo a Hideyori, quien aún era un niño. Esto provocó que los numerosos opositores a su recién obtenido poder acudiesen a él, creándose una poderosa facción contraria a Ieyasu alrededor de Osaka y su castillo, donde residía el joven hijo de Hideyoshi. Esta tensa situación se prolongó hasta que, con la mayoría de edad de Hideyori, sus partidarios fuesen a enfrentarse abiertamente contra el shōgun (Watanabe et al., 2024). Ieyasu terminó derrotando a sus oponentes y alzándose como indiscutible dirigente de Japón en 1615.

Ieyasu fue un líder pragmático, paciente, que casi siempre prefirió las maniobras políticas a los enfrentamientos militares. Esta actitud hizo que las relaciones de los españoles durante su reinado comenzasen con buenas perspectivas de futuro. De hecho, incluso antes de ser shōgun, Ieyasu había invitado en numerosas ocasiones a los españoles a comerciar a su dominio en Kanto, si bien por falta de conveniencia no llegó a materializarse. También mostró Ieyasu gran interés por acceder al mercado americano, solicitando poder enviar barcos directamente a Acapulco. No obstante, la corona española, cuyo interés era mantener el monopolio, nunca lo permitió, insistiendo en que comerciase con Manila (Tremml-Werner, 2015, p. 244).

Numerosas negociaciones tuvieron lugar entre los españoles e Ieyasu. No obstante, pese a los intereses compartidos, siempre existían cláusulas problemáticas que un lado u otro no estaban dispuestos a aceptar. De esta manera, lo que al principio prometía ser prácticamente una luna de miel, terminó acabando con toda expectativa. Para entender cómo la situación fue deteriorándose, debemos ir repasando los numerosos factores que jugaron un papel importante.

Desde 1592, gobernando todavía Hideyoshi, se instauró el sistema de *shuinsen*. Los *shuinsen* eran barcos con un permiso o “*shuinjō*”, normalmente referidos como barcos de sello rojo, que tenían autorización para comerciar con puertos determinados fuera de Japón. Ya en tiempos de Ieyasu, los *shuinjō* eran concedidos en nombre del shōgun, por lo que cualquier ataque a un *shuinsen* se concebía como un atropello contra la soberanía del más alto dirigente de Japón. Este sistema fue introducido con varios objetivos, tanto políticos como económicos.

En primer lugar, el sistema permitía al shogunato controlar el comercio, que dejaba de estar en manos privadas. De esta manera, los dirigentes podían elegir a quiénes concedían permisos, y a qué destinos se les permitía ir a comerciar. Esto también convertía el nuevo sistema en una poderosa herramienta de política exterior, ya que, de manera parecida al modelo chino de comercio tributario, hacía indispensable mantener buenas relaciones con el gobierno.

En segundo lugar, constituía una fuente de ingresos importante para el shogunato, ya que era la única institución que podía emitir las codiciadas licencias comerciales.

Existen registros de todos los *shuinjō* que se emitieron, así como sus beneficiarios, y los puertos de destino que se les asignó. Entre 1600 y 1635, 350 barcos recorrieron las zonas de ultramar bajo este sistema de permisos, 43 de los cuales se entregaron a solicitantes chinos, 38 a solicitantes europeos y 259 a comerciantes japoneses. Manila fue uno de los puertos a los que más *shuinsen* llegaron durante el periodo en que el sistema estuvo operativo. De hecho, fue en

este momento cuando el comercio entre Japón y Filipinas alcanzó su punto máximo en toda la Edad Moderna (Tremml-Werner, 2015, p. 226).

Cabe decir que, al igual que las regulaciones españolas, las japonesas también eran ignoradas cuando resultaba conveniente: es sabido que los capitanes de *Shuinsen* aprovechaban sus viajes para comerciar en otros puertos, más allá de aquellos que se les había asignado, ante las posibilidades de obtener pingües beneficios.

Este sistema de comercio exterior basado en licencias duró aproximadamente tres décadas, aboliéndose en 1635. El fin del sistema coincide con la ruptura casi total de relaciones con todas las naciones europeas, salvo Holanda. A lo largo de este periodo, se sucedieron negociaciones diplomáticas muy intensas entre los japoneses y los europeos, que competían entre sí para intentar ganar el favor del shōgun y acuerdos que excluyesen a sus competidores (Kazui & Videen, 1982, p. 284).

Los españoles deseaban poder comerciar con los japoneses, tanto en Japón como en Manila, y pretendían que se les permitiera enviar misioneros a evangelizar a la población. Los japoneses estaban de acuerdo con mantener abiertas las relaciones comerciales, pero solicitaron en numerosas ocasiones la posibilidad de enviar sus propios barcos a Nueva España, cosa que la corona nunca pensó permitir. También tenían ciertos recelos en cuanto a permitir la entrada de misioneros, pero muerto Hideyoshi, principal partidario y de las persecuciones de cristianos, Ieyasu no descartó la posibilidad. No obstante, en todos los acuerdos en los que los japoneses parecían dispuestos a tolerar la presencia de religiosos, no consentían a una de las peticiones más políticamente relevantes para los españoles: la exclusión de los holandeses de Japón.

Por otra parte, los holandeses estaban dispuestos al intercambio comercial, y además no pretendían evangelizar ni entrometerse en asuntos de fe de los locales. Además, llevaron a cabo una campaña constante de propaganda en contra de los españoles, acusándolos de querer medrar políticamente en los asuntos internos de Japón, utilizando a los religiosos como herramienta (Tremml-Werner, 2015, p. 249).

Al final, tras muchos años de negociaciones, y pese a las muestras de buena voluntad, como el envío de respetuosas cartas y fastuosas embajadas, o la buena conducta del shogunato hacia los españoles tras el naufragio en costas niponas de otro galeón, Ieyasu se decantó por los holandeses.

## **VI. *Sakoku*: el país cerrado**

Así, comenzó una nueva etapa en la que Japón entraría en lo que historiográficamente se conoce como “*sakoku*” o cierre de país. En ella, el poder interno del shogunato le permitió extender su control efectivo a la política exterior, que quedó subordinada a los intereses de los Tokugawa. Para este momento de la historia, los diversos clanes de samuráis habían sido sometidos, y su autonomía reducida de tal manera que ya no era posible para los daimios mantener una política exterior a su manera, como había pasado en la etapa anterior (Kazui & Videen, 1982).

Cuando se habla del *sakoku*, es importante saber que se trata de un término historiográfico, y su significado ha dado lugar a numerosos malentendidos. Es posible creer que el shogunato aisló Japón del mundo política y económicamente, manteniendo únicamente lazos con el exterior a través de los holandeses asentados en Dejima, en Nagasaki. Esto es cierto

desde el punto de vista europeo ya que, efectivamente, tanto España como Portugal e Inglaterra quedaron excluidas, y la mera presencia de estos extranjeros estaba prohibida en el país. No obstante, muchas veces se olvida ir más allá y observar las relaciones de Japón con sus vecinos más cercanos en esta nueva etapa.

Las relaciones de Japón con el mundo exterior durante el periodo del *Sakoku* se dividen en dos categorías. Por un lado, los holandeses y los chinos tenían permiso para comerciar en Dejima y Nagasaki, bajo supervisión de oficiales del shogunato. Por otro lado, dos clanes poderosos, los Sō de Tsushima y los Shimazu de Satsuma, tenían delegada la gestión de las relaciones del shōgun con Corea y Ryūkyū, respectivamente (Toby, 1977).

A nivel diplomático, el comercio chino no significaba nada; era piratería ilegal desde el punto de vista de China, con lo que las relaciones eran estrictamente privadas. El caso de los holandeses era diferente, puesto que la Compañía de las Indias Orientales (VOC) reconocía al gobierno Tokugawa, y su capitán estaba obligado a acudir a Edo a rendir homenaje al shōgun anualmente (Sankin Kōtai), junto con todos los daimios japoneses. Por tanto, las relaciones con la VOC eran prácticamente de vasallaje. Similar era el caso de Ryūkyū, cuyo rey era a su vez vasallo del daimio de Satsuma desde que fue sometido por su ejército en 1609 (Sakai, 1964, p. 391).

El único país con el que Japón mantenía relaciones de igualdad en este periodo fue Corea. Tras las invasiones de Hideyoshi, el gobierno de Ieyasu se esforzó por reestablecer las relaciones y mantenerlas en los mejores términos posibles. Se encargó al clan Sō gestionar los asuntos diplomáticos y el comercio en nombre del shōgun, y representantes de Corea y Japón se referían entre sí como iguales en ceremonias y documentos oficiales (Baker, 2016, pp. 44-46).

Este cambio de paradigma tuvo gran importancia para los españoles, porque supuso la exclusión completa del país, en todas las esferas. Las fructíferas relaciones comerciales de antaño, así como la evangelización, que en algunas zonas de Japón había logrado convertir a gran número de personas, debieron ser abandonadas, lo cual supuso sin duda un duro golpe a la influencia española en Asia oriental. Este cambio tuvo lugar en el momento en que la Dinastía Ming estaba colapsando, con lo que el comercio con China decayó fuertemente, mientras que los holandeses y los piratas chinos campaban a sus anchas, asaltando a los pocos comerciantes que aún estuviesen en condiciones de ir a Manila. Casi podría decirse que fue una tormenta perfecta para las Filipinas españolas (Ramos & Lohmann, 1984, p. 152).

Pero si, como habíamos visto anteriormente, Manila era un puerto clave para el comercio japonés, ¿cómo fue posible la ruptura completa de toda relación con España? ¿Acaso no temían las consecuencias? Si bien es cierto que Manila permitía a los japoneses acceder al mercado chino, llegado al momento de la instauración del *sakoku*, el shogunato había despejado nuevas maneras de comerciar con China. Por un lado, los propios chinos tenían permitido intercambiar mercancías directamente en Nagasaki, si bien con un límite de dos barcos al año, al igual que los holandeses. Por otro, Japón podía apoyarse ahora en Corea y Ryūkyū, que tenían excelentes relaciones con China, y se convirtieron en sus principales intermediarios (Kazui & Videen, 1982). De este modo, Manila y otras ciudades del sudeste asiático perdieron mucho atractivo como puertos comerciales para los japoneses, que habían establecido vías más directas, estables y fáciles de controlar para importación y exportación de productos a China. Como vemos, el término de “país cerrado” es engañoso, porque realmente supuso un cambio en la manera de Japón de gestionar sus relaciones internacionales, más que un cese de estas.

Este “cierre” de Japón tuvo otras consecuencias para España, aparte de la económica y comercial. Por ejemplo, en 1632, más de 200 refugiados cristianos japoneses prefirieron huir de su hogar a abandonar su fe. Marcharon de Japón junto con los religiosos que había establecidos allí, y se instalaron en los alrededores de Manila, fundando nuevos barrios, como Dilao, cuya toponimia perdura hasta hoy.

Desde ese momento, y hasta el reestablecimiento de las relaciones en el siglo XIX, durante la Era Meiji, los contactos oficiales entre España y Japón quedaron suspendidos, y las relaciones comerciales y privadas también se mantuvieron congeladas en su práctica totalidad. La pérdida de la hegemonía en Europa y la posterior llegada de los Borbones al trono, supuso un cambio sustancial en las políticas de la corona, que se volvieron menos agresivas y expansivas, adquiriendo un cariz mucho más pragmático (Díaz-Trechuelo, 1989, p. 586). Esto se tradujo en el desistimiento de todo proyecto de evangelización de Japón, así como el fin de las tensiones militares en la región. El hecho de que, en política exterior, el nuevo shogunato dejase atrás el expansionismo y militarismo del gobierno de Hideyoshi contribuyó a tranquilizar a los gobernadores españoles, que ya no veían a sus vecinos del norte como una amenaza a su supervivencia.

## TAIWÁN: LA ISLA ENTRE MEDIAS

Taiwán es una isla situada al norte de Luzón y al sur del archipiélago de Ryūkyū, frente a la costa oriental de China.

### I. Indígenas y piratas

Desde mucho tiempo atrás, la isla no había sido poblada más que por los propios diversos grupos de pueblos indígenas de origen austronesio. Ocasionalmente, recibía la visita de algún comerciante, pirata o náufrago, pero ninguno de los países a su alrededor hizo esfuerzo alguno por colonizar, conquistar, o establecer ninguna clase de relación permanente o estrecha con sus habitantes.

De hecho, los Ming clasificaban Taiwán en la misma categoría que territorios distantes, difíciles de poblar y de los que no podían sustraer nada de valor, por lo que su ocupación sería costosa e inconveniente (Tremml-Werner, 2015, p. 56-57). Por este motivo, la isla tuvo una importancia más bien modesta en la historia general de Asia oriental hasta principios del siglo XVI, cuando diversos factores externos atrajeron la atención de distintos actores, y la convirtieron en una pieza clave para entender las dinámicas políticas, económicas y comerciales de la zona.

Por una parte, la degradación de la economía e instituciones de la China Ming produjeron, en conjunción con la prohibición del comercio privado, un auge de la piratería como nunca se había visto en esta zona del mundo. Como ya hemos visto, el fenómeno de los *wakō* no sólo tiene su explicación en la situación de China, sino también en gran medida en la de Japón. El colapso de la autoridad central del shogunato Ashikaga y la guerra civil casi permanente en la que quedó sumido el país también contribuyeron a que muchos guerreros y ciudadanos de clase humilde se lanzasen al mar como medio para mejorar su situación. Tanto en China como en Japón, este medio de vida era arriesgado, pero los beneficios que podían llegar a obtenerse eran tentadores, y la situación cada vez más precaria dentro de ambos países convertían esta apuesta en la más tentadora de las oportunidades para muchos (Folch, 2007, pp. 267-268).

Los *wakō* llegaron a asaltar grandes extensiones de las costas de China, llegando también a causar destrozos en las costas meridionales de Corea y Japón. Si bien estos piratas-comerciantes contaban con bases y apoyos en sus propios lugares de origen, las autoridades tampoco dudaban en plantar cara a estos grupos, que percibían como una amenaza para su poder y el orden que deseaban imponer. China, sin lugar a duda, fue el país que más determinación puso en su lucha contra las operaciones de estos piratas (Ng, 2017, pp. 264-266).

Con el tiempo, estos grupos, cada vez más organizados, buscaron maneras de eludir los riesgos que conllevaba ser atacados por las fuerzas imperiales. Taiwán, situada a poca distancia de la costa de China, y a medio de camino de Japón, se convirtió en un refugio privilegiado donde muchos de estos navegantes podían establecer sus bases, o detenerse entre sus diferentes destinos para avituallarse o comerciar con sus mercancías. Este fenómeno se extiende también a otros lugares que podían servir los mismos propósitos. Este es el caso, por ejemplo, de lo que los españoles llamaron “Reino de Cagayán”, en Aparri, en el norte de Luzón: un poblado fortificado, habitado por japoneses, chinos y otros individuos que indudablemente constituían un importante centro de operaciones para grupos de *wakō*.

Taiwán fue descubierta por los portugueses en 1544, quienes le dieron el nombre de Formosa, que se convertiría en la denominación habitual que emplearían los españoles durante todo el periodo, hasta entrado el siglo XX. Incluso en la actualidad, es común referirse a la isla por este nombre, para no confundirla con el Estado de la República de China, normalmente referido como Taiwán, y que incluye otra serie de islas, como las Pescadores o Pengu.

Para cuando llegaron los portugueses, no obstante, es necesario anotar que ya se había formado una entidad política descentralizada en la costa occidental de Taiwán. Esta entidad, que conocemos como Reino de Middag, era una alianza que incorporaba a varias decenas de tribus adyacentes, ubicadas en las llanuras occidentales de la isla, que permitían con mayor facilidad el asentamiento humano, a diferencia de las zonas orientales, compuestas por montaña y densa selva.

Durante el siglo XVI, los españoles no mostraron gran interés en Taiwán como tal, si bien eran conscientes del problema que suponían los *wakō*, con quienes libraron importantes batallas en las propias Filipinas, como fue el caso de los combates de Cagayán, en 1582.

Como reflejo de la situación de Taiwán como “refugio de piratas”, el mismo Limahong, después de ser rechazado por los españoles en Manila, terminó huyendo a Taiwán con los supervivientes de su tripulación, para unirse a otros piratas que operaban por allí, como Chen Dele o Li Mao (Folch, 2007, p. 278).

Japón también llegó a mostrar cierto interés por la isla. En 1616, los Tokugawa enviaron a Murayama Tōan, con una flota de 13 barcos para que conquistase Taiwán. Sin embargo, una fuerte tormenta dispersó la flota, y los supervivientes abandonaron la empresa, prefiriendo ir a saquear las costas chinas (Jansen & Marius, 1992).

## **II. Los holandeses, los Zheng, los Qing y las desventuras españolas en Formosa**

En el siglo XVII, una serie de eventos pusieron Taiwán en el punto de mira de los españoles. Los holandeses, en el año 1622, conquistaron las islas Pengu o Pescadores, situadas entre China y Taiwán, y construyeron un fuerte en ellas. Su intención era sabotear el comercio de los chinos para presionar a los Ming y obtener acceso comercial al Imperio Celeste, en condiciones similares a las que gozaban los portugueses. Sin embargo, los chinos no estaban dispuestos a otorgar “otro Macao”. Para poner fin a la situación, el gran coordinador de Fujian acordó permitir el comercio entre chinos y holandeses, con la condición de que estos abandonasen las Pengu y se estableciesen en Taiwán (Tremml-Werner, 2015, p. 240).

Los holandeses, satisfechos con esas condiciones, elevaron varias bases fortificadas en el sur de Taiwán, que se convirtió en su centro de operaciones en Asia oriental durante esta época. Desde allí, comerciaban con China y Japón y competían con españoles y portugueses. Taiwán se convirtió en la segunda posesión más rentable de la Compañía en ese tiempo.

Como es fácil imaginar, a los españoles estas noticias les causaron gran preocupación: ahora los holandeses disponían de una colonia justo al norte de Luzón, desde la cual llevaban a cabo sus operaciones comerciales y sus ataques piratas. Con el fin de combatir la presencia holandesa y de mejorar su posición estratégica, militar y comercial, los españoles prepararon en 1616 una expedición dirigida por Antonio Carreño para establecerse en el norte de Taiwán.

La flota, compuesta por 12 champanes y 2 galeras, zarpó hacia allá y se estableció la base de operaciones en Jilong, donde se construyó el fuerte de Santiago. Este fue el comienzo

de la nueva Gobernación de la Formosa Española, que quedaría subordinada a la Capitanía General de Filipinas. De todas las intervenciones que España llevó a cabo en Asia, probablemente la de Formosa fue la más desastrosa de todas.

Para empezar, el asentamiento español era pequeño, y el puerto, poco accesible y conveniente. Lo que esperaban que se convirtiese en un puesto comercial importante apenas atrajo visitantes. Las políticas de Manila tampoco favorecían la situación en absoluto, ya que se pusieron impuestos a los productos que llegaban a la capital desde la nueva colonia. La escasez de comercio convertía la cuestión de los suministros en un asunto peliagudo. Además, los holandeses atacaron en 1630 a los españoles, con la intención de expulsarlos de la isla. Las fuerzas españolas resistieron, incluso en gran inferioridad militar. Sin embargo, la acuciante falta de alimentos los obligó eventualmente a buscar apoyo en los nativos, aunque sin éxito. Desesperados, los españoles decidieron obtener los suministros por la fuerza, con lo que acabaron ganándose su enemistad. Con los años, la presencia española en Formosa se fue haciendo cada vez más insostenible. Si además consideramos que el mero sustento de las tropas excedía los beneficios, es entendible que, desde Manila, incluso el gobernador Hurtado de Corcuera estuviera interesado en terminar con aquella aventura que no parecía dar ninguno de los resultados que había prometido (Borao, 2007, p. 14-15).

Tras un nuevo ataque de los holandeses en 1642, los españoles decidieron capitular, y pudieron retirarse a Manila. Los holandeses tomaron el fuerte de San Salvador de Keelung, y se convirtieron en el único poder real de la isla, llegando a someter a vasallaje al reino de Middag. Sin embargo, la suerte no sonreiría a los holandeses mucho tiempo.

Koxinga, un antiguo alto mando militar leal a los Ming, y líder de los Zheng, el clan más poderoso de piratas-comerciantes chinos, decidió, ante los avances de los Qing, retirarse a Taiwán con sus aliados para desde allí organizar una resistencia capaz de destronar a los usurpadores manchúes. Los holandeses, que ya habían sufrido rebeliones por parte de los chinos de Taiwán, se prepararon para defenderse, aunque se vieron ampliamente superados por las fuerzas Zheng. Tras varias derrotas, en 1662, el gobernador de la Compañía se rindió ante Koxinga y los neerlandeses se retiraron de la isla.

La expulsión de las fuerzas holandesas podría haber causado alivio en Manila. Sin embargo, el nuevo dominio de Koxinga, mucho más fuerte militarmente que los holandeses, se mostró como una amenaza incluso mayor. Establecido firmemente en Taiwán, Koxinga fundó el Reino de Tungming, aglutinando tanto a chinos como a aborígenes, que se habían puesto de su lado frente a los holandeses, y empezó a reunir fuerzas.

Los españoles, atemorizados por la posibilidad de un ataque a Manila, prepararon las defensas y retiraron todas sus fuerzas de Mindanao, el sur de Filipinas y sus últimas posiciones en las Molucas para fortalecer su posición defensiva en la capital. Este frenesí desencadenó un motín de los sangleyes de Manila en 1662, cuya represión por parte de los españoles atrajo la atención de Koxinga, que prometió vengar a sus compatriotas. Afortunadamente, la muerte de éste a causa de la malaria desbarató sus planes de ataque, y su sucesor hizo llegar una carta con una oferta de paz, para tranquilidad de los españoles (Ramos & Lohmann, 1984, pp. 146-147).

Como vemos, pese a no haber tenido lugar, el temido ataque tuvo graves consecuencias para los españoles. Además del motín de los sangleyes, la retirada de las posiciones en Mindanao supuso un balón de oxígeno para los moros, que retomaron sus asaltos y correrías, y

no lograrían ser sometidos completamente hasta finales del siglo XIX. También supuso esto el fin de la presencia española en las Molucas.

Mientras tanto, en la China continental, la dinastía Qing había logrado establecerse tras derrotar a los Ming de manera definitiva. Como el reino de Tungning era el último remanente importante de lealistas a la dinastía anterior, una flota fue enviada para conquistar la isla.

Tras una victoria en las Pengu en 1682, las fuerzas Qing se dirigieron a Taiwán, y el rey, nieto de Koxinga, se rindió sin oponer más resistencia. De esta manera, la isla de Formosa quedó integrada plenamente en el imperio chino. Taiwán dejó de ser un centro de contrabando y piratería, y la economía se reorientó al sector agrario, regresando a un estado de calma y estabilidad. Desde ese momento, Taiwán no volvió a ser un asunto de importancia para la administración española, en tanto que ya no era un nido de piratas ni una base para sus enemigos.

## COREA: EL REINO ERMITAÑO

A la Corea de la dinastía Joseon, que duró casi ocho siglos, se la conoce históricamente por el sobrenombre de “reino ermitaño”. Este apodo viene dado por las políticas aislacionistas de carácter reaccionario que llevaron a cabo las élites neoconfucianas del país a mediados del siglo XIX como contramedida frente a la occidentalización y apertura forzada de los países de su entorno.

### I. Las invasiones japonesas y los primeros contactos

Incluso antes del siglo XIX, el reino de Corea se presentaba como el más aislado de los países del Asia Oriental; se tienen muchos más registros de comerciantes chinos, japoneses o lequeos yendo a Corea que al revés. Durante todo el dominio español de las Filipinas, tampoco se hicieron expediciones a Corea patrocinadas por la corona.

Algunos exploradores y religiosos acudieron a Corea, como fue el caso del jesuita madrileño Gregorio de Céspedes, en 1593, y hubo coreanos, normalmente convertidos a la fe cristiana, que visitaron las Filipinas. Conocemos la historia de Gayo, monje budista que cambió su hábito por el jesuita y se desplazó a Manila en 1614, para terminar muriendo como mártir en Japón (Ojeda Martín, 2020, p. 55). No obstante, ninguna de estas visitas o contactos tuvieron carácter oficial. Estas relaciones tan escasas sorprenden casi en mayor medida que en el caso de Ryūkyū, puesto que Corea sí tenía un gran tamaño y población, equiparables a Japón, así como gran peso cultural y político en la región.

Durante el siglo XVI, la historia de Corea fue especialmente convulsa, y tristemente célebre por la invasión japonesa de Corea, una larga y destructiva guerra desatada por Toyotomi Hideyoshi como parte de su campaña para reunificar Japón y fortalecer su poder como figura central (Osamu, 1982, p. 351). En tanto que los españoles tenían contacto frecuente con los japoneses, casi toda la información que se tenía en Manila sobre el Reino de “Coria” venía de fuentes niponas, y tendía a estar fuertemente relacionada con el desarrollo del conflicto bélico en curso (Ojeda Martín, 2020, p. 51). También atravesar Japón era la vía más habitual para llegar de Filipinas a Corea, y viceversa.

### II. Las relaciones diplomáticas y comerciales de Corea

Es necesario recapacitar acerca de un mito que suele existir acerca del pretendido aislamiento y autosuficiencia o ensimismamiento de estos países orientales. Que los contactos fuesen escasos o nulos entre éstos y los europeos, o incluso que existiese rechazo directo a la presencia de estos últimos, no quiere decir que mantuviesen esta actitud con sus vecinos inmediatos.

El reino de Joseon, sin ir más lejos, mantenía contacto permanente, tanto a nivel diplomático como comercial, con la China Ming, con Japón y con Ryūkyū. Las relaciones con China se sujetaban al modelo tributario, en el que el que los reyes coreanos actuaban como vasallos de los emperadores de Pekín. Con Japón, la relación era de igual a igual, y a los enviados del rey de Ryūkyū se les trataba como vasallos.

Esto es porque, al igual que China, la corte de Seúl daba mucha importancia a la ritualística y al orden internacional sinocéntrico confuciano (Baker, 2016, p. 47). En tanto que los europeos no encajaban en este sistema, se les solía tratar como meros bárbaros incivilizados, que no respetaban el orden establecido y que, por tanto, no tenían derecho a ser incluidos en dicho orden. Si a eso le sumamos los casi nulos contactos que existieron entre Corea y los países europeos en general, hasta el siglo XIX, es comprensible el poco impacto directo que los españoles tuvieron sobre Corea, y viceversa.

Las relaciones entre Corea y la China Ming eran excelentes, y fue gracias a la intervención de los ejércitos imperiales chinos que los japoneses se vieron forzados a retirarse de la península coreana y hacer las paces. Más tarde, gobernando Ieyasu en Japón, las relaciones entre los países antes enfrentados fueron reestablecidas, y los contactos comerciales y diplomáticos se intensificaron. El clan Sō, de Tsushima, quedó a cargo de la gestión de las relaciones diplomáticas y comerciales del shogunato con Corea, y los coreanos permitieron a los japoneses acceder para comerciar al puerto de Waegwan, en Busan, de manera similar a como habían hecho los japoneses con los holandeses en Dejima y los chinos en Nagasaki (Kazui & Videen, 1982, pp. 291-292).

El comercio entre Corea y Japón tuvo una gran importancia para las economías de ambos países, puesto que los coreanos se convirtieron en principales intermediarios para el comercio entre China y Japón, que no comerciaban directamente entre sí debido a que Japón no aceptó someterse al modelo tributario de los Ming. De esta manera, grandes cantidades de plata fluían desde Japón hacia China, y la seda y otros productos manufacturados chinos llegaban a Japón, todo a través de Corea (Kazui & Videen, 1982, pp. 296-297).

La paz, no obstante, no duró demasiado, puesto que el colapso de la dinastía Ming tuvo graves efectos políticos y económicos que afectaron enormemente a Corea. En 1636, el reino de Joseon fue invadido por ejércitos de los manchúes, que forzaron al rey Injo a reconocer su nueva dinastía Qing como legítimos amos de China. Reticentemente aceptaron, mientras que ofrecían refugio a numerosos refugiados de los Ming, y menospreciaban en secreto la nueva dinastía, a quienes consideraban usurpadores. No obstante, con el tiempo, las relaciones se fueron normalizando y estabilizando, hasta regresar a una situación parecida de cercanía política con los nuevos dirigentes chinos, que se mantendría en excelentes términos durante todo el siglo XVIII y XIX.

Quizá lo más relevante para los españoles de todo lo acontecido en Corea en estos tres siglos tuvo que ver con la medida en que afectase a las relaciones entre Japón y China. Esto es porque, si bien España apenas tenía contactos de ninguna clase con Corea, sí los tenía, y muy intensos, con los otros dos países. Por eso, cuando Japón canalizó sus relaciones comerciales con China a través de Corea, pudo prescindir de Manila como punto de intercambio y prácticamente romper toda relación con España (Kazui & Videen, 1982, pp. 304-306). Es posible pensar que, si Japón no hubiese podido emplear a Corea o Ryūkyū como intermediarios fiables con China, hubiese sido más difícil romper relaciones con países como España y Portugal debido a la importancia de Macao y Manila para el comercio con China.

## RYŪKYŪ: LA VENECIA DE ORIENTE

El Reino de Ryūkyū era una entidad política que ocupaba el archipiélago del mismo nombre, que hoy forma parte de Japón, como la Prefectura de Okinawa y varias islas de la Prefectura de Kagoshima. El archipiélago se extiende desde la costa meridional de Japón hasta el norte de Taiwán, y está formado por una miríada de pequeñas islas. La más grande de ellas es la que lleva el nombre de Okinawa, y es donde se hallaba el centro del reino.

### I. El ascenso de Ryūkyū

Antes de estar bajo una única corona, las islas habían estado divididas en multitud de pequeños feudos cuyos señores guerreaban entre sí. En torno al siglo XIV, los señoríos de la isla de Okinawa se habían reducido a tres reinos que pugnaban por la supremacía. De ellos, el Reino de Chuzan logró hacerse con el poder, sometiendo a los otros dos y unificando Ryūkyū como tal. La dinastía Shō, a la que pertenecía, dominó durante largo tiempo la vida política del reino, y fue artífice de su despegue en cuanto a importancia. De ser unos pocos señoríos dedicados a la agricultura en unas islas apartadas del resto del mundo, los nuevos reyes lograron crear una estructura de poder más centralizada, logrando dar cierta estabilidad y paz interna a sus dominios. En el plano exterior, los reyes de Ryūkyū establecieron intensos contactos con la corte Ming, mediante misiones tributarias (que ya se enviaban desde 1372) en las cuales los emperadores de China reconocieron a los reyes de Chuzan como Reyes de Ryūkyū, y los aceptaron de buen agrado como tributarios de su imperio.

Los monarcas Shō lograron convertir su pequeño reino en un importante enclave comercial durante los siglos XIV y XV. La desintegración de la autoridad política en Japón, y la consiguiente prohibición por parte de China del comercio tributario con ese país convirtieron a Ryūkyū en una importante vía para sortear tales impedimentos por parte de los japoneses, que comenzaron a depender de los comerciantes lequeos (otra manera de referirse a los ryūkyūenses) como intermediarios (Nelson, 2006, pp. 367-368).

Aparte de sus buenas relaciones con China y el contacto con Japón, los lequeos supieron extender su influencia comercial hasta el sudeste asiático. No era extraño encontrar barcos lequeos —normalmente, de factura china—, fondeados en puertos como Ayutthaya o Hoi-An (Sakamaki, 1964, pp. 386-389). No es difícil hallar comparaciones entre el reino de Ryūkyū durante esta época y la República de Venecia, por el contraste entre su pequeño tamaño geográfico y su vasta influencia comercial y económica.

Sin embargo, es importante tratar una cuestión relevante a la hora de analizar el comercio de Ryūkyū, y esta es el hecho de que todo el comercio legalmente permitido era controlado directamente por los monarcas. Es decir, los buques eran del rey, así como las mercancías que portasen. Un permiso o licencia, llamado *shisshō*, era concedido a los capitanes de los navíos, y acreditaba que, efectivamente, operaban en nombre de los reyes. Sin permiso o licencia, un barco era considerado pirata, con independencia de su origen.

### II. Cambios en el comercio: nuevos modelos y competidores

Mientras la dinastía Ming logró mantener un control más o menos estable sobre sus costas, el comercio tributario entre el Imperio Celeste y sus estados “afiliados” fue la principal

manera de intercambio, lo cual benefició enormemente a la élite ryūkyūense. No obstante, a mediados del siglo XVI, diversos factores alteraron el escenario en el cual tenían lugar todas estas interacciones, con graves consecuencias para el pequeño reino.

En primer lugar, la Dinastía Ming, principal patrocinadora del éxito de Ryūkyū, comenzó a tambalearse. Sus arcas comenzaron a drenarse, por diversos motivos, y la cantidad de productos que la corte podía intercambiar con sus tributarios disminuyó, así como las prebendas con las que era costumbre agasajar a los visitantes (Sakamaki, 1964, p. 388-389). Por ejemplo, los barcos que solían regalar a los lequeos, que constituían la parte principal de su flota comercial, empezaron a disminuir tanto en tamaño como en número, y las reparaciones de los barcos que ya trajesen, antaño hechas de manera gratuita, debían ser pagadas, cada vez en mayor proporción, por los visitantes.

Por si esto no fuera poco, la situación política en Japón se deterioró hasta desembocar en un estado de constante guerra civil entre señores feudales. Esto, que al principio pareció beneficiar a los lequeos, pronto generó varias consecuencias que terminaron por dañar gravemente sus operaciones comerciales. La principal de ellas, fue la aparición y expansión de los *wakō*, que como ya hemos visto en los anteriores capítulos, operaban desde el sur de Japón y se dedicaban al saqueo, al pillaje y al contrabando a lo largo de las costas de Asia Oriental. El debilitamiento paulatino de la autoridad Ming contribuyó enormemente a llenar las filas de estos grupos piratas con gran número de ciudadanos chinos que, ahogados por la precaria situación económica y de estancamiento social que hallaban en sus tierras de origen, buscaban probar suerte en el mar (Ng, 2017, pp. 262-264). De esta manera, el comercio privado comenzó a tener cada vez más peso, en detrimento del tributario, haciendo la competencia comercial a los lequeos por toda Asia. Sumado a la violencia de algunos piratas, los buques de Ryūkyū comenzaron a dejarse de ver en el sudeste de Asia, quedando cada vez más reclusos a meros intermediarios entre China y Japón.

Al igual que la entrada de los *wakō* como competidores supuso un serio desafío para los lequeos, la llegada de los portugueses fue una suerte de golpe de gracia para el comercio de los isleños en el sudeste de Asia. Los portugueses, tras haber logrado hacerse con bases en Malaca, Goa y Macao, se establecieron como unos de los más importantes intermediarios en cuanto a transporte de mercancías entre Europa, la India, Indochina, China y Japón. Los nuevos invitados, además, desafiaban también la línea entre lo privado y lo oficial. El hecho de que los propios chinos tolerasen su presencia en la costa de Cantón y aceptasen un cierto nivel de apertura comercial sólo demostró que los cambios de tendencia que se venían observando desde antes estaban cristalizando, y los antiguos y rígidos métodos casi ritualísticos de comercio definitivamente estaban siendo desplazados (Cooper, 1972, pp. 423-424).

Con todo esto, es comprensible que Ryūkyū, dependiente tanto política como económicamente de la corte de Pekín para su prosperidad en casi todos los ámbitos, perdiese gran parte del poder e influencia internacional del que había gozado durante los dos siglos anteriores.

### III. Las no-relaciones con España

Entender la situación de Asia Oriental en su conjunto es esencial para comprender la suerte del archipiélago de Ryūkyū tanto como lo es para comprender la del archipiélago filipino. Por ello, el pequeño reino es el último del que hablamos en su relación con España.

Otro motivo por el que relegamos esta parte al final es por la casi inexistente relación entre la monarquía Hispánica y Ryūkyū durante prácticamente todo el tiempo que duró la presencia española en Filipinas. Puede parecer sorprendente, pero no hubo embajadas ni enviados oficiales de ninguna clase entre Manila y Shuri en todo este periodo. Y remarco lo de sorprendente, porque los españoles trataron de establecer contacto con todas o casi todas las entidades políticas que les rodeaban. Esto es lógico, si pensamos en Filipinas como un puesto de avanzada escasamente poblado y sometido a inclemencias y amenazas de todo tipo: los contactos y buenas relaciones políticas y comerciales eran prácticamente cuestión de mera supervivencia. La prueba la observamos en los numerosos contactos con China y Japón, tanto con sus autoridades centrales como regionales, así como las interacciones con Annam, Borneo, Camboya, Siam, o incluso los sultanatos de las Molucas y Mindanao (Pérez & Lohmann, 1984, p. 135). Tampoco es fácil hallar registros de españoles que llegasen a pisar el archipiélago de Ryūkyū, y ya no como enviados de ninguna clase, sino como meros individuos que arribasen por su propia cuenta y riesgo.

Tampoco hay registros apenas de comerciantes lequeos que tocasen en Manila para intercambiar mercancías o cualquier otro motivo. En ocasiones, fuentes españolas o portuguesas dieron fe de avistar barcos lequeos en puertos de Indochina, como ya hemos dejado patente antes, a principios del siglo XVI, pero su presencia fue disminuyendo progresivamente hasta desaparecer casi por completo.

De estos hechos podemos extraer una serie de conclusiones. En primer lugar, que los lequeos no tenían interés en los asuntos y mercancías españolas, ya que a Manila acudían directamente los propios chinos y japoneses, usualmente como comerciantes privados. Esto demuestra que el papel del reino isleño había quedado realmente reducido al intercambio entre China y Japón, y que los comerciantes privados habían desbancado las formas de intercambio que ellos habían dominado anteriormente (Villiers, 1980, pp. 68-69). Las nuevas potencias ibéricas habían hecho acto de presencia justo en el momento en el que todo el escenario asiático sufría intensos cambios de múltiples índoles, que supusieron el ascenso de unos, como los navegantes europeos y los *wakō*, y la caída al casi ostracismo de otros, como fue el caso de Ryūkyū.

En segundo lugar, este “empequeñecimiento” de Ryūkyū pudo contribuir a que no tuviese tampoco apenas atracción sobre los españoles, que apenas si llegan a mencionar su existencia, y siempre ligada a asuntos de China o de Japón. No hubo propuestas serias de evangelización, ni expediciones oficiales ni privadas al reino, lo cual, de nuevo, contrasta con los intensos contactos a múltiples niveles con otros países.

Las invasiones japonesas de Corea tuvieron consecuencias importantes para Ryūkyū. Hideyoshi había solicitado apoyo militar, dirigiéndose al rey de las islas como si fuera su vasallo, para las campañas de Corea. Pero éste no contestó, ni envió ayuda de ninguna clase. Si bien esto fue tomado como una ofensa, no tuvo consecuencias inmediatas. Pero el asunto no fue olvidado, y siendo Ieyasu shōgun, autorizó a los Shimazu de Kagoshima a lanzar una invasión de las islas. En 1609, tras una rápida campaña, las tropas japonesas entraron en el castillo de Shuri, la residencia de la corte de Ryūkyū, y forzaron al rey a someterse a su autoridad. De esta manera, el reino quedaba convertido en vasallo de los daimios de Kagoshima.

Pese a esta realidad, sin embargo, los japoneses se esforzaron en ocultar la subordinación de Ryūkyū, especialmente ante China. Los japoneses no tenían permitido viajar a las islas libremente, y se prohibió a los locales hablar japonés o vestir a la japonesa,

especialmente si había enviados chinos presentes. El objetivo era mantener la ficción de un reino independiente que pudiese mantener buenas relaciones diplomáticas con China, para poder acceder, a través de este, al comercio tributario (Sakai, 1964, pp. 391-392).

Así fue como Japón convirtió a Ryūkyū en estado títere para poder acceder al mercado chino. De esta manera, la autonomía del reino, especialmente en materia comercial y diplomática, quedó notablemente reducida y sometida a los intereses de los Tokugawa y los Shimazu.

Al igual que ocurría con Corea, España se veía afectada por lo que ocurriese en Ryūkyū en la medida en que afectase las relaciones entre China y Japón. En este caso concreto, la utilización de Ryūkyū como instrumento para acceder al mercado chino permitió a los japoneses prescindir de sus relaciones con España y de Manila como puerto de intercambio sin sufrir grandes pérdidas por ello (Kazui & Videen, 1982, pp. 304-306).

Anecdóticamente, cabe mencionar que los enviados de los Ming a Ryūkyū y sus servicios de inteligencia acabaron por descubrir la situación real respecto a la subordinación política del reino a los intereses del shogunato, pero no hubo cambios en la política exterior oficial china, ni se formuló ninguna protesta. Tanto los Ming como los Qing en épocas posteriores continuaron aceptando, por utua conveniencia, la ficción política de la independencia de Ryūkyū, y el nexa con Japón se pudo mantener hasta finales del siglo XIX.

## CONCLUSIONES

España interactuó plenamente con los países de Asia oriental, y jugó un papel protagonista en las relaciones internacionales en la zona, tanto a nivel político como económico y comercial. Las políticas de la corona, las ambiciones de los gobernadores y comerciantes y el fervor de los religiosos produjeron cambios en China, Japón y Taiwán, e influyeron de manera indirecta en otros países como Corea o Ryūkyū.

Asimismo, las políticas y agentes de estos países tuvieron un gran impacto en las Filipinas españolas, así como repercusiones globales que afectaron a todo el imperio. Una decisión tomada en la Ciudad Prohibida, en Pekín, podía tener consecuencias notables en la capacidad de la corona española para mantener una larga guerra en Flandes, y de hecho las tuvo.

Usualmente se retrata a los europeos como agentes violentos que trataron de introducirse en los herméticos y autosuficientes países asiáticos, pero los hechos nos dicen que esto no fue así exactamente. Ni los europeos fueron más crueles o violentos que los asiáticos, ni los asiáticos vivían encerrados en países-bola de billar. Más bien, lo que se dio fue el acomodamiento de dos mundos que hasta entonces habían estado separados, y más que un choque, fue una integración prácticamente simbiótica que indujo a cambios globales de gran envergadura.

El intercambio colombino permitió la aclimatación de especies animales y vegetales en lugares muy distantes, usualmente para beneficio y mejora en la calidad de vida de sus habitantes, como fue el caso de la introducción de la patata en China, que permitió el poblamiento de zonas más agrestes, así como una expansión demográfica sin precedentes. Los productos asiáticos también inundaron América y Europa, donde hasta ese momento Asia oriental parecía poco más que una lejana tierra de fantasía.

La historia de Filipinas, España y Asia oriental es la historia de la primera verdadera globalización. Españoles, tlaxcaltecas, tagalos y japoneses se llegaron a enfrentar en Borneo contra indios y otomanos. En Manila podían encontrarse desde italianos hasta georgianos, coreanos y africanos subsaharianos, entendiéndose en dialectos que combinaban español, chino hokkien, japonés y lenguas filipinas. Plata americana se cruzaba con especias de Insulindia, sedas chinas, aceros japoneses y extraños huesos de animales de Camboya. Desde Manila, el italiano podía viajar a Japón, y el chino, a México. Pese a su relativamente pequeño tamaño y población, la capital hispana de Asia fue un espejo en el que se reflejaban todos los revolucionarios cambios que se originaron en la era de las exploraciones.

Por supuesto que existieron tensiones y choques violentos, tanto entre los distintos actores internacionales como entre los habitantes de distinta etnia en la ciudad de Manila, pero siempre terminó prevaleciendo el pragmatismo y la aceptación mutua. El comercio siguió fluyendo hasta la salida de los españoles de Filipinas, y hoy Manila se mantiene como una de las principales ciudades del sudeste asiático.

Deteniéndonos a examinar los múltiples aspectos del impacto recíproco entre España y los países de Asia oriental durante los siglos XVI, XVII y XVIII, podemos extraer varias conclusiones muy interesantes:

1. La reforma tributaria y monetaria de los Ming para adoptar la plata como medio de pago tuvo un impacto inimaginable. La gran demanda de plata china disparó los precios de ésta, y tornó Manila en el gran emporio en que se convirtió. No solo esto,

sino que, además, contribuyó a mantener rentables las explotaciones americanas, lo que permitió a la corona española financiarse mediante los impuestos a la minería durante bastantes años más de los que habría sido posible sin el comercio chino. Es decir, que la economía china, de manera indirecta, ayudó a financiar las guerras y el proyecto imperial de los Habsburgo españoles hasta mediados del siglo XVII.

2. Japón fue el país que más intensos contactos diplomáticos tuvo con España, llegando incluso a enviarse embajadas a México, Madrid y Roma. También era el país cuya evangelización se mostraba más prometedora, aunque, paradójicamente, fue el único país que terminó cortando relaciones por completo con España.
3. Cuando se habla del Japón aislado del periodo Edo, se olvida que el país siguió manteniendo fructíferas relaciones con sus vecinos, a través de los cuales accedían a los mercados de China y el resto del mundo. Por tanto, el país no se cerró ni política ni comercialmente al mundo, sino únicamente a algunas naciones específicas, entre las que se encontraba España.
4. Los religiosos tuvieron un papel crucial en las relaciones internacionales. Sobre todo, en el caso de los españoles y portugueses, misioneros y clérigos de diversas órdenes ejercieron de exploradores, intérpretes, diplomáticos y consejeros, tanto para europeos como para los nativos, y tuvieron un especial impacto en la sociedad y la cultura filipina, cuyos rasgos se mantienen hoy día.
5. No sólo los poderes centrales, reyes y emperadores, jugaban un papel en las relaciones internacionales. Autoridades regionales, gobernadores, virreyes, daimios, así como ciudadanos privados, comerciantes, contrabandistas y piratas tuvieron un peso indiscutible y una gran capacidad para influir en el entorno regional en defensa de sus intereses particulares. Las grandes regulaciones, prohibiciones y expulsiones decretadas por las altas esferas políticas de cada país raramente veían una aplicación completa o eficaz, debido al rechazo de agentes, tanto privados como gubernamentales, a nivel local. La corrupción, los sobornos, el contrabando, la piratería y el “se acata, pero no se cumple” eran el pan nuestro de cada día en prácticamente toda Asia oriental.
6. Incluso entre países que apenas mantuvieron contacto directo, como puede ser el caso de España con Ryūkyū o Corea, las acciones de unos tenían un “eco” cuyas consecuencias pudieron percibir los otros. Por ejemplo, la entrada de los europeos en el comercio intra-asiático disminuyó el papel de Ryūkyū, reduciéndolo a un títere intermediario de Japón con China. Las relaciones de Japón con Corea y Ryūkyū, a su vez, permitieron a los Tokugawa cortar todas sus relaciones con portugueses y españoles, sin miedo a sufrir grandes perjuicios económicos.
7. Las políticas mercantilistas de distintos actores, que intentaban establecer prohibiciones, privilegios y monopolios a su gusto, fueron las principales fuentes de conflicto y crisis, tanto entre países como entre los distintos grupos sociales dentro de ellos. En el caso de Filipinas, políticas discriminatorias y diversas restricciones comerciales limitaron artificialmente el potencial económico de las islas, y dieron lugar a tensiones entre chinos, españoles e indígenas, así como entre distintos grupos de españoles. Cuando, a finales del siglo XVIII, estas políticas se fueron retirando o

relajando, la prosperidad, riqueza y población de Manila aumentó, y la conflictividad social se redujo con respecto a etapas pasadas.

8. España fue el único país europeo que, más allá de establecer factorías comerciales, buscó extender su gobierno efectivo e incorporar a su imperio un territorio considerable, como fueron las Filipinas. Tanto portugueses como holandeses o ingleses se conformaban con controlar puertos o concesiones en lugares estratégicos, y normalmente se contentaban con mantenerse en buenos términos con los gobernantes vecinos, pero no se involucraron en las políticas locales y el gobierno de los nativos.
9. Las guerras europeas tuvieron un impacto importante en Asia, puesto que los conflictos entre españoles, portugueses, holandeses e ingleses provocó que todos tratasen de atraerse a los poderes regionales, lo cual alimentó rumores, tensiones políticas y fricciones que tuvieron consecuencias graves. Por ejemplo, las habladurías y tejemanejes que los holandeses extendieron en Japón provocaron que Ieyasu se decantara por ellos como único contacto con Occidente, expulsando a todos los demás europeos y a los cristianos, incluidos los de origen japonés.
10. La distinta concepción de la diplomacia que tenían los europeos y los asiáticos, especialmente en la sinoesfera, fue una de las mayores causas de malentendidos a nivel político durante los primeros contactos entre ambos. Mientras que el sistema sinocéntrico confuciano establecía una relación jerárquica en la que el comercio era entendido como tributo a un soberano central, el emperador, los europeos esperaban un trato de igualdad del que no fueron objeto. De este modo, los chinos interpretaron que los europeos eran bárbaros irrespetuosos que no entendían las normas de la política, y los europeos tacharon la conducta china de soberbia y tiránica.

Como hemos visto, las relaciones entre personas de una y otra parte del mundo conllevaron numerosos desafíos; tantos como oportunidades. Sin embargo, el entendimiento logró abrirse camino, progresivamente, y gracias a ello el proceso de globalización que se inició entonces continúa hasta el presente. Hoy vivimos en un mundo más conectado y próspero que nunca, aunque nuevos tiempos traen siempre nuevos desafíos. Cada vez que tengamos dudas acerca del futuro de la humanidad, echemos un vistazo al pasado y aprendamos de todos los errores y aciertos que cometieron nuestros antepasados. Entonces, cuando levantemos la vista, podremos mirar al futuro con esperanza.

## BIBLIOGRAFÍA

- Baker, D. (2016). Confucianism and Civilization: Tasan Chǒng Yagyong's Views of Japan, the Ryūkyūs, and Tsushima. *Korean Studies*, 40, 43–57. <http://www.jstor.org/stable/44508427>
- Beja, F. B. (2000). La conquista de China por los nómadas. In China: su historia y cultura hasta 1800 (2nd, corrected edition ed., pp. 255–280). El Colegio de Mexico. <https://doi.org/10.2307/j.ctv3dnnx7.17>
- Bjork, K. (1998). The Link That Kept the Philippines Spanish: Mexican Merchant Interests and the Manila Trade, 1571-1815. *Journal of World History*, 9(1), 25–50. <http://www.jstor.org/stable/20078712>
- Bonialian, M., & Hausberger, B. (2018). Consideraciones sobre el comercio y el papel de la plata hispanoamericana en la temprana globalización, siglos XVI-XIX. *Historia Mexicana*, 68(1 (269)), 197–244. <https://www.jstor.org/stable/26557149>
- Borao, J. E. (2007). An overview of the Spaniards in Taiwan. *Proceedings of the Conference on China and Spain during the Ming and Qing Dynasties Centre of Sino-Western Cultural Studies*, I.P.M., Macao, May 2007
- Borlaza, G. C. and Hernandez, Carolina G. (2023, December 27). history of the Philippines. Encyclopedia Britannica. <https://www.britannica.com/topic/history-of-Philippines>
- Boscaro, A. (1973). Toyotomi Hideyoshi and the 1587 Edicts Against Christianity. *Oriens Extremus*, 20(2), 219–241. <http://www.jstor.org/stable/44001284>
- Clulow, A. (2010). From Global Entrepôt to Early Modern Domain: Hirado, 1609–1641. *Monumenta Nipponica*, 65(1), 1–35. <http://www.jstor.org/stable/40983180>
- Cooper, M. (1972). The Mechanics of the Macao-Nagasaki Silk Trade. *Monumenta Nipponica*, 27(4), 423–433. <https://doi.org/10.2307/2383821>
- De la Vega, C. L. (1972). *Un proyecto utópico: la conquista de China por España*, Huelva.
- Díaz-Terechuelo, M. L. (1989). Filipinas bajo los últimos Borbones. En Ramos García, D. (Ed.) *Historia general de España y América: América en el siglo XVIII. La Ilustración en América* (pp. 569-588). Rialp. ISBN 84-321-2521-0
- Díaz-Terechuelo, M. L. (1989). Filipinas. En Navarro García, L. (Ed.) *Historia general de España y América: América en el siglo XVIII. Los primeros Borbones* (pp. 519-546). Rialp. ISBN 84-321-2107-3
- Flynn, D. O., & Giraldez, A. (1995). Arbitrage, China, and World Trade in the Early Modern Period. *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 38(4), 429–448. <http://www.jstor.org/stable/3632434>
- Flynn, D. O., & Giráldez, A. (1995). Born with a “Silver Spoon”: The Origin of World Trade in 1571. *Journal of World History*, 6(2), 201–221. <http://www.jstor.org/stable/20078638>
- Flynn, D. O., & Giraldez, A. (1996). Silk for Silver: Manila-Macao Trade in the 17th Century. *Philippine Studies*, 44(1), 52–68. <http://www.jstor.org/stable/42634185>

- Flynn, D. O., & Giráldez, A. (2002). Cycles of Silver: Global Economic Unity through the Mid-Eighteenth Century. *Journal of World History*, 13(2), 391–427. <http://www.jstor.org/stable/20078977>
- Folch, D. (2007). Piratas y flotas de China según los testimonios castellanos del siglo XVI, en P. San Ginés Aguilar (Ed.), *La investigación sobre Asia Pacífico en España* (pp. 267-286). Editorial Universidad de Granada.
- Folch, D. (2008). Aproximación a las relaciones históricas de España y China. *Global Asia*, 1(1).
- García-Abásolo, A. (2004). Relaciones entre españoles y chinos en Filipinas. *España y el Pacífico. Legazpi*, ed. L. Cabrero, Madrid, 2004, Tomo II, pp. 231-250. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- García-Abásolo, A. (2011). Los chinos y el modelo colonial español en Filipinas. *Cuadernos de Historia Moderna*, 2011(X), 223-242. [http://dx.doi.org/10.5209/rev\\_CHMO.2011.38678](http://dx.doi.org/10.5209/rev_CHMO.2011.38678)
- García-Abásolo, A. (2013). Españoles y chinos en Filipinas. Los fundamentos del comercio del Galeón de Manila. *España, El Atlántico y El Pacífico. V Centenario Del Descubrimiento De La Mar Del Sur (1513-2013)*. Llerena, Sociedad Extremeña de la Historia, 2014, pp. 9-30.
- García-Abásolo, A. (2017). Occidente y Asia en las crónicas de Filipinas del siglo XVII. La atracción de China y la acomodación de la Monarquía Hispánica en las antípodas. e-Spania. <http://e-spania.revues.org/27240>
- Hung, H. (2001). Imperial China and Capitalist Europe in the Eighteenth-Century Global Economy. *Review (Fernand Braudel Center)*, 24(4), 473–513. <http://www.jstor.org/stable/40241528>
- Jansen, Marius B. (1992). *China in the Tokugawa World*. Cambridge: Harvard University Press. ISBN 9780674117532; OCLC 24908621
- Kazui, T., & Videen, S. D. (1982). Foreign Relations during the Edo Period: Sakoku Reexamined. *Journal of Japanese Studies*, 8(2), 283–306. <https://doi.org/10.2307/132341>
- Kumar, A. (2012). Reading East Asian History Differently. *Economic and Political Weekly*, 47(41), 22–23. <http://www.jstor.org/stable/41720237>
- Lee, J. (1999). Trade and Economy in Preindustrial East Asia, c. 1500-c. 1800: East Asia in the Age of Global Integration. *The Journal of Asian Studies*, 58(1), 2–26. <https://doi.org/10.2307/2658387>
- Lucena Salmoral, M. (1982). Filipinas en el siglo XVI. En *Historia general de España y América: El descubrimiento y la fundación de los reinos ultramarinos hasta finales del siglo XVI* (pp. 563-572). Rialp. ISBN 84-321-2102-9
- Lucena Salmoral, M. (1982). Las expediciones al área de la Especiería. En *Historia general de España y América: El descubrimiento y la fundación de los reinos ultramarinos hasta finales del siglo XVI* (pp. 515-535). Rialp. ISBN 84-321-2102-9

- Nelson, T. (2006). Japan in the Life of Early Ryūkyū. *Journal of Japanese Studies*, 32(2), 367–392. <http://www.jstor.org/stable/25064649>
- Ng, C. (2017). *Boundaries and Beyond: China's Maritime Southeast in Late Imperial Times*. NUS Press. <http://www.jstor.org/stable/j.ctv3wdbw4>
- O'Flynn, D. y Giráldez, A. (2020). China and the Spanish Empire. *Revista de Historia Económica / Journal of Iberian and Latin American Economic History (2020) Virtual Special Issue 2020*. <http://hdl.handle.net/10016/31610>
- Ojeda Martín, A. (2020). El interés histórico de España por Corea. *España y Corea: hacia una nueva asociación estratégica*. Centro Español de Investigaciones Coreanas, 50-61. <https://ceic.ws/espana-y-corea-hacia-una-nueva-asociacion-estrategica/>
- Osamu, W. (1982). The Emergence of the State in Sixteenth-Century Japan: From Oda to Tokugawa. *Journal of Japanese Studies*, 8(2), 343–367. <https://doi.org/10.2307/132343>
- Ramos Pérez, D. & Lohmann Villena, G. (1984). Las Filipinas, en su aislamiento, bajo el continuo acoso. En *Historia general de España y América: América en el siglo XVII. Evolución de los reinos indios* (pp. 129-154). Rialp. ISBN 84-321-2104-5
- Rav, A. (2015). Investigating the consequences of the Columbian exchange. *Big History Project. The Columbian Exchange*, <https://www.oerproject.com/>. <https://www.oerproject.com/OER-Materials/OER-Media/PDFs/SBH/Unit-8/8-2-The-Columbian-Exchange/Consequences-of-the-Columbian-Exchange>
- Rodríguez Mediano, F. (2013) La China imperial Ming, en Ruiz-Doménec, J. E. (Ed.), *Los imperios Turco y Ruso. La China Ming* (pp. 100-119). National Geographic Society. ISBN: 9788447390236
- Sakai, R. K. (1964). The Satsuma-Ryūkyū Trade and the Tokugawa Seclusion Policy. *The Journal of Asian Studies*, 23(3), 391–403. <https://doi.org/10.2307/2050758>
- Sakamaki, S. (1964). Ryūkyū and Southeast Asia. *The Journal of Asian Studies*, 23(3), 383–389. <https://doi.org/10.2307/2050757>
- Sola, E. (1972). *Relaciones entre España y Japón (1580-1614)*, Orán.
- Sousa Pinto, P. J. (2008). Enemy at the gates. Macao, Manila and the "Pinhal episode" (end of 16th century). *Bulletin of Portuguese - Japanese Studies*, 16, 11-43.
- Toby, R. P. (1977). Reopening the Question of Sakoku: Diplomacy in the Legitimation of the Tokugawa Bakufu. *Journal of Japanese Studies*, 3(2), 323–363. <https://doi.org/10.2307/132115>
- Tremml-Werner, B. (2015). *Spain, China, and Japan in Manila, 1571-1644*. Amsterdam University Press. <http://www.jstor.org/stable/j.ctt196313j>
- Villiers, J. (1980). Silk and silver: Macau, Manila and trade in the China seas in the sixteenth century (A lecture delivered to the Hong Kong Branch of the Royal Asiatic Society at the Hong Kong Club. 10 June 1980.). *Journal of the Hong Kong Branch of the Royal Asiatic Society*, 20, 66–80. <http://www.jstor.org/stable/23889547>
- von Glahn, R. (1996). Myth and Reality of China's Seventeenth-Century Monetary Crisis. *The Journal of Economic History*, 56(2), 429–454. <http://www.jstor.org/stable/2123972>

- Wang Yu-Ch'uan. (1936). The Rise of Land Tax and the Fall of Dynasties in Chinese History. *Pacific Affairs*, 9(2), 201–220. <https://doi.org/10.2307/2751407>
- Wang, P. (1990). [Review of *The History of the Chinese Fiscal and Monetary System (Chung-kuo ts'ai-chin chih-tu shih-lun)* (中國財金制度史論), by C. Hou & 侯家駒]. *Digest of Chinese Studies*, 1–4. <http://www.jstor.org/stable/44288105>
- Watanabe, A., Latz, G., Notehelfer, F. G., Sakamoto, T., Toyoda, T., Hijino, S., Hurst, G. C., Masai, Y., Masamoto, K., & Jansen, M. B. (2024, June 16). Japan | History, flag, Map, Population, & Facts. *Encyclopedia Britannica*. <https://www.britannica.com/place/Japan/The-bakuhan-system>

ANEXO

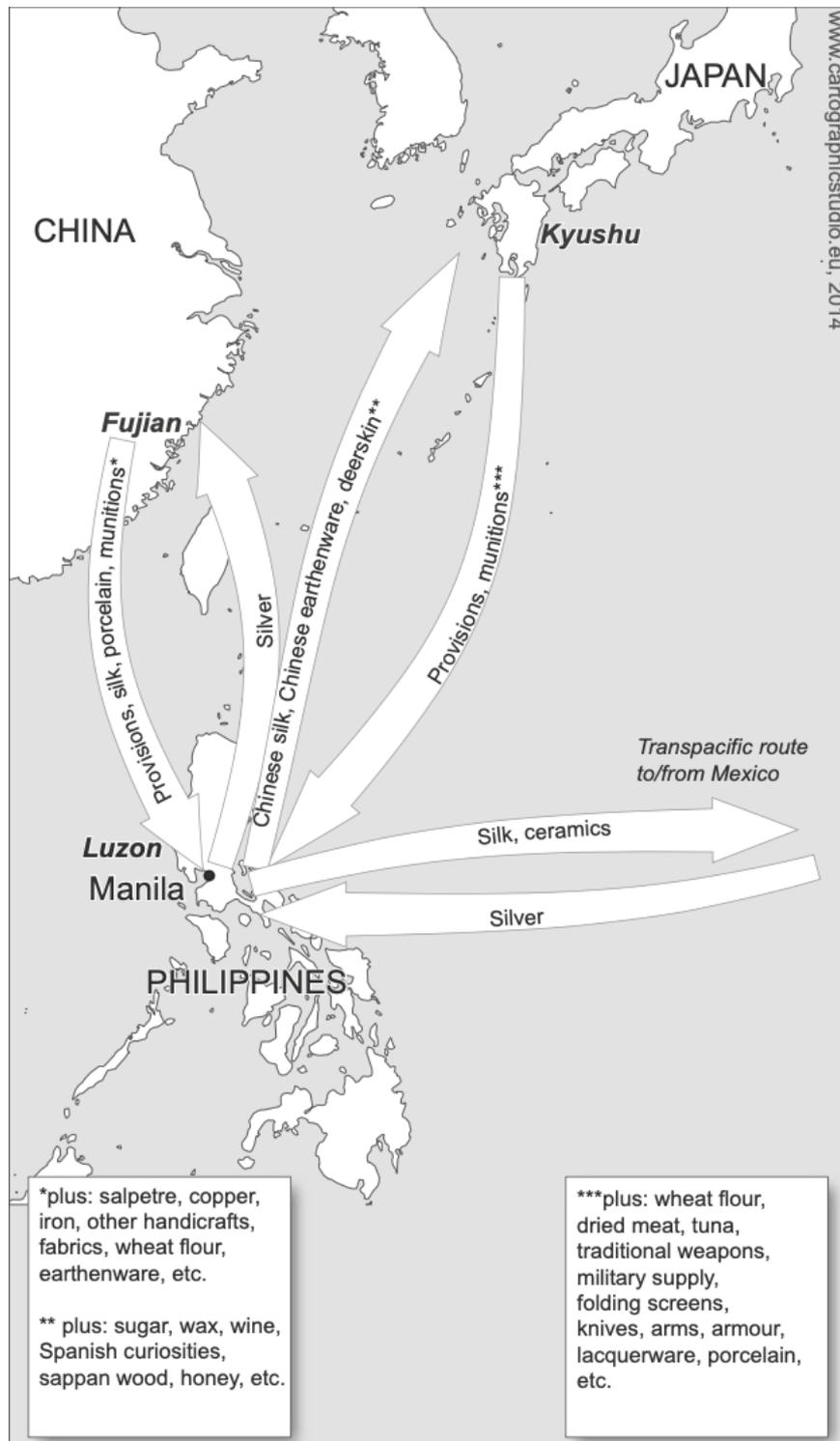
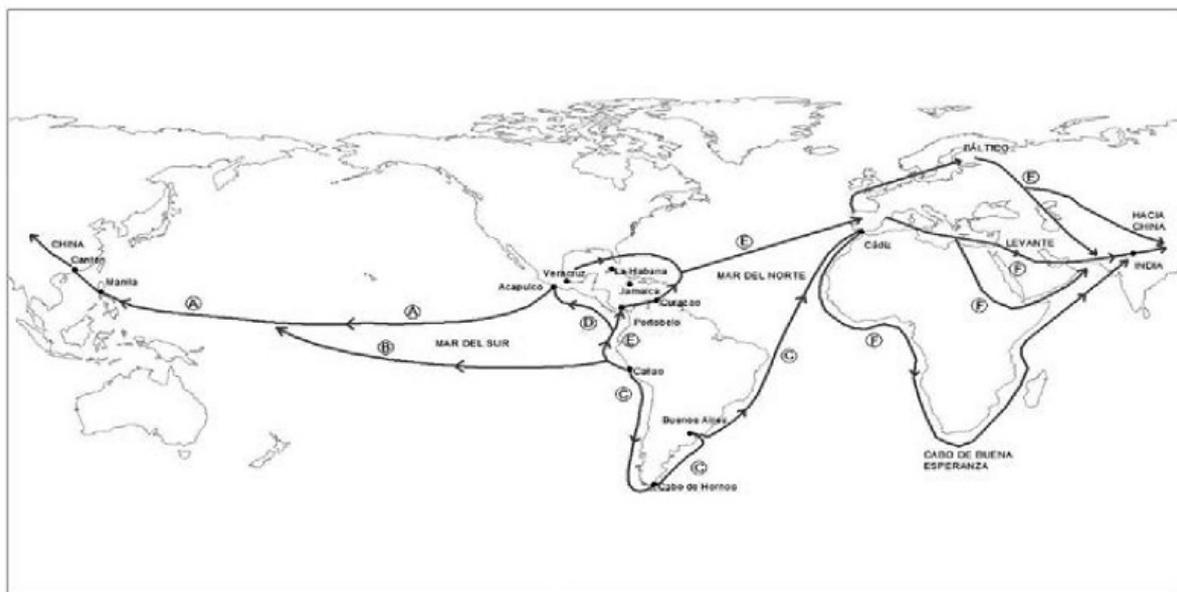


Figura 1. El comercio triangular desde la perspectiva filipina durante los siglos XVI y XVII (Tremml-Werner, 2015, p. 141)

Decade	Number
1581-1590	102
1591-1600	119
1601-1610	290
1611-1620	49
1621-1630	73
1631-1640	325
1641-1650	162

**Figura 2.** Naves mercantes chinas arribando a Luzón, entre 1581 y 1650 (Tremml-Werner, 2015, p. 147)



**FLUJOS DEL PACÍFICO**

- (A) Galeón de Manila (1597-1815)
- (B) Comercio francoperuano (1690-1725)
- (C) Comercio francés (1690-1725), navíos de registro españoles (1740)
- (D) Tráfico desde El Callao hasta Acapulco (1675-1760)
- (E) Armada del Sur

**FLUJOS DEL ATLÁNTICO**

- (C) Comercio francés (1690-1725), contrabando inglés (1713-1735), navíos de registros españoles (1740)
- (E) Flotas y galeones españoles, contrabando directo extranjero

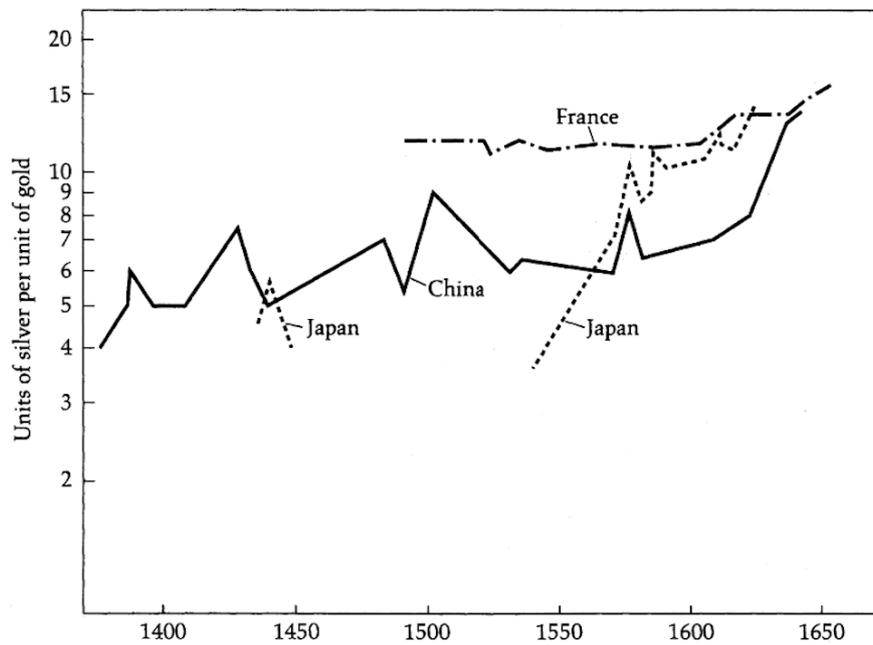
**FLUJOS EUROASIÁTICOS**

- (F) Desde Europa hasta China e India por medio de las compañías orientales europeas

**Figura 3.** Flujo global de la plata americana durante la Edad Moderna (Bonialian & Hausberger, 2018)

Producción	Exportaciones					Reexportaciones europeas hacia Oriente							
	Pacífico-China		Atlántico-Europa			Barret				Attman			
	Humboldt	Attman	Chuan	Morineau	Attman	Vía Cabo	Vía Levante	Vía Báltico	Total	Vía Cabo	Vía Levante	Vía Báltico	Total
	1651-1675	445	260-238	50	330	208-234	20	50	59	129	44.2	(52)	60-78
1676-1700	500		76	370		53	50	53	156				
1701-1725	550	338	76	415	273-325	85	50	53	188	85.8	(52)	60-78	198-216
1726-1750	650		76	500		101	50	59	210				
1751-1775	820	702-780	50	590	468-650	101	50	65	216	148.2	(52)	60-78	260-278
1776-800	940		50	600		74	50	71	195				

**Figura 4.** Producción y circulación de la plata americana entre 1650 y 1800 —promedio anual en toneladas— (Bonilaian & Hausberger, 2018, p. 21).



**Figura 5.** La ratio bimetalica oro-plata en China, Japon y Francia, entre 1370 y 1660 (von Glahn, 1986, p. 434).